

PLANETA DELIRANTE

Curtis Garland

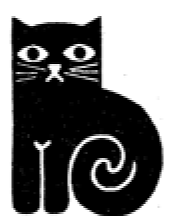
CIENCIA FICCION

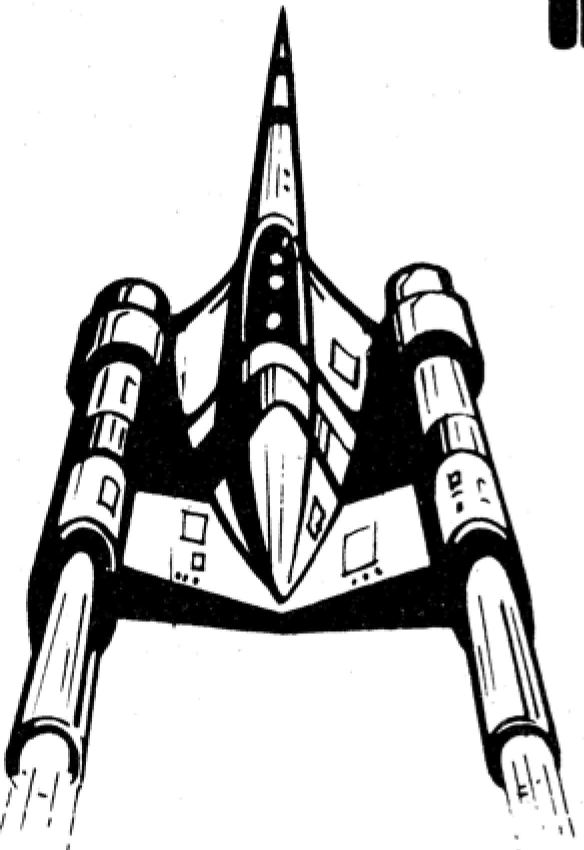


PLANETA DELIRANTE

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

611 — Seres superiores - *Lou Carrigan*.

612 — La gran invasión - *Adam Surray*.

613 — Los últimos inmortales - *Curtis Garland*.

614 — El capitán Aventura - *Glenn Parrish*.

615 — El loco de la galaxia - *Joseph Berna*.

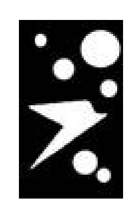
CURTIS GARLAND

PLANETA DELIRANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 616

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 10.709 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982

1.ª edición en América: noviembre, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

—Yakk, Ejecutor Ciento Once —dijo la Máquina.

De la fría hilera de aparentes muñecos de carne y hueso, uno se incorporó lentamente y caminó hacia la metálica voz emergida del instrumento parlante.

—Yakk, Ejecutor Ciento Once —respondió, con voz monocorde como la grabada en un mecanismo reproductor—. Presente.

—Has sido seleccionado —prosiguió la Máquina, tras registrar sus sensibles fotocélulas la tarjeta de identificación grabada en la frente del Ejecutor 111, y ser así comprobada su personalidad—. Misión altamente peligrosa.

—Entendido. Espero instrucciones —fue la réplica del Ejecutor.

—Dirígete al Sector Delta —informó la Máquina con su frialdad deshumanizada—. Allí serás informado.

El Ejecutor 111, llamado Yakk, echó a andar dócilmente hacia la banda mecánica de desplazamiento. Los demás se quedaron donde estaban. Rígidos, sentados en el interminable banco de espera, hasta que la Máquina seleccionara a otro. Mientras eso no sucediera, el relajamiento de los Aspirantes era total. Sus mentes estaban bloqueadas por los controles, sus cuerpos sometidos a suspensión animada en vida. Ningún nerviosismo, ningún sentimiento humano era posible en esas condiciones. Para ellos, las emociones no existían. Nadie se alegró ni sintió envidia por el hecho de que otro fuese seleccionado. Las pasiones humanas no contaban para ellos.

Yakk se dejó deslizar por la banda mecánica, sin moverse, erguido y frío como un autómata, sus ojos helados y centelleantes fijos en la nada. El uniforme ajustado a su hercúleo y armonioso cuerpo de humanoide producía destellos niquelados al pasar por debajo de los proyectores de luz concentrada. Numerosos controles detectaron el paso del elegido por la ruta. Solamente él hubiera podido pasarlos satisfactoriamente. Allí, la suplantación era radicalmente imposible.

El paso a la Sección Delta era estrictamente restringido. Sólo los autorizados podían utilizarlo llegado el caso. Pretender utilizarlo sin ser el elegido, significaba la autodestrucción inmediata.

Así funcionaban las cosas en el Meteoro Asesino de la Galaxia

Nova, conocida también por el nombre de Núcleo de la Muerte en las cartas cósmicas de la Asociación Intergaláctica.

Yakk alcanzó el acceso al Sector Delta. Al final de la cinta móvil que se deslizaba a gran altura sobre Fábula, la capital misteriosa del Meteoro, a lo largo de un casi infinito tubo de vidrio fosforescente, se abría una puerta en una torre negra, metálica y fría, erguida hacia el cielo resplandeciente de astros, como un maléfico obelisco levantado en homenaje a la muerte y al terror.

Era una puerta oval, silenciosa, que dejó paso franco al Ejecutor 111. Yakk penetró en el recinto prohibido, reservado exclusivamente a los llamados Amos de la Muerte Programada.

Inmediatamente, un suelo circular, negro metalizado, se hundió en las entrañas de la torre, proyectando al visitante hacia las profundidades del siniestro obelisco negro, donde alguien le esperaba en aquellos momentos para instruirle respecto a su misión asesina en los astros de la Nebulosa.

Una vez en otro nivel inferior de la estructura, una banda mecánica le condujo hacia la puerta oval de metal negro que casi nadie cruzaba, salvo para recibir directamente instrucciones del Máximo Ejecutor del Meteoro de la Muerte. Ese fue en esta ocasión el caso del humanoide de metalizadas ropas y rostro hermético. El Ejecutor 111, llamado Yakk, cruzó el umbral de la cámara reservada a los escogidos. Había llegado al corazón mismo del Sector Delta, donde se recibían las órdenes precisas para cada misión.

Yakk se detuvo, una vez en la oscura sala donde sus pasos habían resonado huecamente, con profundos ecos, esperando algo, fuese lo que fuese, sin que su deshumanizada ausencia de expresión facial reflejase alteración alguna. Era como tener una máscara por rostro, una máquina por cuerpo, una serie de mecanismos fríos por órganos vitales.

Y, sin embargo, era un ser humano. O, cuando menos, lo parecía.

—Ejecutor Ciento Once —recitó una lúgubre voz metálica, emergiendo de todas partes y de ninguna a la vez, con ecos graves y resonancias huecas.

—Sí, mi Señor —recitó glacialmente Yakk, erguido y rígido, con sus ojos acerados fijos en la nada.

—Has sido requerido para una misión altamente peligrosa.

—Escucho, mi Señor.

—Tienes el privilegio de ser destinado a una tarea para la que hemos tenido que revisar cuidadosamente vuestros méritos. Al fin, has salido elegido tú.

—Me honra esa confianza, mi Señor.

—Tienes que dirigirte a un cierto lugar donde un hombre deberá morir.

—Espero instrucciones, mi señor.

—Tu víctima no va a ser fácil. Es un hombre peligroso. Muy peligroso.

—No importa. Morirá.

—Eso esperamos. Sabes que, de no cumplirse la misión, serás exterminado de inmediato. No existen los errores ni los fracasos en nuestro Meteoro.

—Perfectamente comprendido, mi Señor. Asumo el riesgo.

—Bien. Tu lugar de destino será en la Galaxia Deliria.

—Galaxia Deliria. Entendido.

—Antes procúrate información exhaustiva mediante el archivo electrónico. La necesitarás. Deliria es una Galaxia muy… particular. Nada allí es como en los demás lugares del Universo.

—Lo tendré en cuenta, mi Señor. Obtendré toda la información que las ultracomputadoras poseen.

—Una vez en Deliria, el planeta Ecstasix es tu meta.

—Planeta Ecstaxis, el planeta más extraño y complejo que puedas imaginar, existe una ciudad, la Capital de la Federación Galáctica M-1007, conocida por el nombre de Alucinópolis…

—Mi misión no es pensar, mi Señor —recitó fríamente el Ejecutor —. Es obedecer. Cumplir las consignas. Llevar a cabo mi misión.

—Buen subordinado. Fiel y disciplinado —aprobó la voz metálica que llegaba de todos los puntos de la oscura sala—. Así debe de ser. Eso es todo, respecto al lugar de destino. Ahora falta que conozcas a tu víctima.

—Espero su nombre, mi Señor.

—Los datos sobre esa persona y forma de dar con ella, te los suministrará la computadora de información. En cuanto a su nombre, puedo decirte que se llama Yzard.

—Yzard… —repitió, monocorde—. Comprendido, mi Señor.

—Lo comprenderás mejor cuando obtengas datos sobre él. Yzard es un ser idealista, noble y honrado. Un verdadero soñador que anhela el bien para todos. Es peligroso. Alguien nos paga para exterminarlo lo antes posible. Un solo hombre, si es limpio y puro, puede derribar al más sólido sistema asentado sobre la corrupción y el vicio. Ese es el temor de sus enemigos. Yzard, el idealista, el soñador romántico y caballeroso, defensor de la moral y de la libertad humana, debe morir.

—Entiendo, mi Señor. Yzard debe morir, Y morirá —sentenció Yakk, Ejecutor 111 del Meteoro Asesino de la Galaxia Nova—. Yo mataré a Yzard.

—Eso es lo que esperamos de ti. Mata a Yzard, Yakk. ¡Mata a Yzard!

* * *

Yzard no podía imaginar, en esos momentos, que la muerte cierta planeaba sobre su cabeza como un sombrío dragón con sus negras alas extendidas.

Estaba demasiado inmerso en su tarea para pensar en sí mismo o en los peligros que pudieran acecharte en un inmediato futuro. Realmente, Yzard rara vez pensaba en él. Todo su tiempo y su esfuerzo estaban destinados a pensar en los demás.

Ahora, rodeado de todos aquellos hombres y mujeres, silenciosos y enfervorizados, en aquel ámbito reducido y lóbrego, alumbrado apenas por unas débiles luces, ante unas jarras de buen vino dulce de los cultivos del planeta Ecstaxis, la voz potente, joven y vigorosa, del idealista Yzard, se elevaba como un torrente vital, esperanzador, que ponía una cierta luz de fe y de confianza, de optimismo y de atiento, en los rostros tristes y preocupados de sus oyentes:

—¡No podemos permitir que esto vaya más lejos, ciudadanos y amigos! ¡Hemos alcanzado techo con este miserable estado de cosas! Y vosotros lo sabéis mejor que nadie. Vosotros, cuyas tierras son despojadas por las arbitrarias disposiciones legales de la Federación; vosotros, cuyas esposas e hijas pueden ir, en cualquier momento, a los

lujosos lupanares de Alucinópolis, la ciudad del vicio; vosotros, que podéis ser en cualquier momento capturados por las patrullas parapoliciales de la Organización del Placer, para servir de diversión a sádicos espectadores que pagan su entrada en los Circos de Sangre de la maldita ciudad, sólo para ver cómo sois despedazados y empalados, mientras las mujeres dan placer a los espectadores excitados por el espectáculo... Vosotros, amigos y hermanos, cuya vida no vale nada en este mundo de corrupción, depravación y perversidad, que vive sólo para el sexo, el juego y la droga, para el crimen pervertido y los excesos corporales... ¡Alucinópolis debe ser destruida, y con ella aquellos que toleran su existencia y que han permitido que la Organización del Placer se adueñe de todo, como un gobierno paralelo al de la propia y degenerada Federación!

—¡Sí, sí! ¡Destrucción, destrucción! —clamaron las voces de hombres y mujeres, mientras los brazos se alzaban sobre sus cabezas, como si pretendieran sobrepasar aquel techo abovedado y sombrío, para alcanzar las estrellas—, ¡Muerte al vicio y a la degeneración! ¡Queremos libertad real, no esclavitud ante los amos del vicio y de la muerte!

Yzard asintió, fulgurantes sus ojos cárdenos, enmarañado su rizoso cabello dorado, exaltadas sus jóvenes y viriles facciones. Sus manos vigorosas y fuertes se agitaron, espoleando más aún a sus escasos pero fervorosos incondicionales:

—¡Luchemos, hermanos, luchemos aun en nuestra inferioridad terrible! ¡Que cada uno de nosotros logre algún objetivo, por pequeño que sea, para terminar aplastando un día este imperio del sexo desenfrenado, de la lujuria, del derroche en el juego amañado que enriquece a sus organizadores, de la violación y prostitución de nuestras mujeres, de la transformación de seres humanos en bestias o en piltrafas, a través de las drogas alucinógenas que suministran en todos los lugares de esa ciudad maldita! ¡Hermanos, intentemos pelear hasta la muerte si es preciso, por salvar nuestra raza, nuestro mundo, nuestra civilización, aplastada por la codicia y la maldad de los hombres que controlan esa situación y que dominan a un gobierno débil y tolerante!

—¡Todos con Yzard! —clamó una mujer, estentórea—, ¡Todos con él hasta morir! ¡Aplastemos la tiranía del vicio y de la crueldad!

El mitin había terminado en medio de un gran entusiasmo. Yzard bajó de la mesa del pequeño figón subterráneo donde había tenido lugar la clandestina asamblea. Muchos brazos rodearon al joven, felicitándole calurosamente, mientras rostros emocionados y ojos

llorosos eran como mudas promesas de fidelidad a sus principios de lucha y de enfrentamiento con el sistema establecido.

—Gracias, gracias, hermanos todos —decía el joven a unos y otros, afectuosamente, estrechando sus manos o abrazando a los de más edad—. No basta con hablar, lo sé. Por muy justas y hermosas palabras que aquí se digan, las cosas siguen igual, y la injusticia persiste en el planeta y en cuantos mundos cercanos rodean a este antro de vicio y perversión. Es acción lo que necesitamos. Lucha directa, abierta, decidida. Hay que minar los cimientos mismos de ese enorme edificio de horrores que la gente de nuestro mundo ha elevado para vergüenza y dolor de todos.

—¿Cómo enfrentarnos al poder de la Organización del Vicio, a las fuerzas parapoliciales de la misma, a su milicia exterminadora? ¿Cómo luchar contra la tolerancia cómplice de un gobierno débil y corrupto? —se quejó una mujer con amargura, reflejando en su ajado rostro todos los sufrimientos que aquel estado de cosas habían llevado a su vida, al privarla de sus seres más queridos.

—Mujer, lo haremos algún día, no tardando mucho, y triunfaremos —aseguró con energía Yzard—. Sé que tú, como tantas otras de nuestras mujeres, perdiste a tus dos hijas, secuestradas por las patrullas de las Centurias Negras, y prostituidas luego hasta la muerte en los burdeles y fumaderos de droga de Alucinópolis, y perdiste a tu esposo, asesinado por esos mismos esbirros implacables de la Organización del Vicio, cuando quiso enfrentarse a ellos para rescatar a las muchachas. Tu dolor es el de tantos y tantos millones de seres de nuestro mundo. Y sólo el día que puedas dar cumplida satisfacción a tus afanes de venganza en los miserables responsables de todo eso, te sentirás igualmente sola pero mucho más confortada. Ten fe, mujer, que conseguiremos ese propósito, cueste lo que cueste.

La mujer se alejó, asintiendo, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro pálido y demacrado. Yzard la contempló con gesto dolorido, antes de volverse y dar un fuerte apretón de manos a un gigantesco ser, de larguísimas melenas rojas y enorme barba hirsuta, manos de titán y músculos de acero. Al menos le sobrepasaba a partir del tórax, y eso que el joven Yzard distaba mucho de ser de baja estatura. Sólo que aquel coloso era un verdadero gigante.

—¡Mi querido Gorgan! —clamó Yzard, con ojos resplandecientes de gozo, sintiendo crujir sus fuertes manos entre las moles que tenía por tales su amigo—. ¡Te imaginaba cautivo en una de las minas de castigo del asteroide Talak!

—Y allí estuve, Yzard, muchacho —asintió con voz potente el gigantón, soltando una risotada que reveló lo amarillo y desigual de sus dientes, como una sierra marfileña de terrible dureza, resultado de mascar durante años las ásperas hojas del tabaco salvaje de los bosques de Ecstasix, que se decía provocaban alucinaciones a todo ser humano que lo probase, hasta causarle la locura. Pero que nada parecía haber podido con aquel coloso que era Gorgan. Este resopló, añadiendo luego con otra risa estentórea—: Pude escapar de las malditas minas, tras aplastarles el cráneo a media docena de guardianes y robar una de sus naves militares. Andan buscándome desesperadamente desde entonces, y el jefe de los centinelas pagó con el cuello su fracaso, según he oído.

—Siempre serás el mismo, Gorgan —rió de buen humor Yzard—. ¿Estás decidido a luchar de nuevo?

—Como nunca lo hice —aseguró el gigante—. Sobre todo, después de haber vivido la experiencia de esas malditas minas, donde los hombres son tratados peor que ratas, hasta que dejan la vida en aquellas galerías inmundas, fétidas y mortíferas, cargadas de emanaciones asfixiantes, sin apenas alimentarse, devorados por la fiebre y las enfermedades que provocan esos metales que se ven obligados a extraer hasta el último día de su vida.

Los ojos de Yzard relampaguearon de ira y de coraje mal contenidos. Sus manos temblaban ligeramente al oprimir con fuerza los hombros del coloso.

—Te felicito por haber escapado de ese infierno, Gorgan —dijo roncamente—. Y espero que cuando nos enfrentemos a nuestros verdugos, recuerdes cuánto sufriste allá, en ese odioso asteroide, y devuelvas golpe por golpe a esa gentuza.

—De ello puedes estar seguro —afirmó con énfasis Gorgan—, Es algo que no podré olvidar mientras viva. Y que esa escoria maldita pagará con creces alguna vez…

—Así sea, Gorgan —musitó Yzard—. Así sea…

Y aunque su fe era infinita y su afán de lucha indestructible, el joven idealista pareció, por un momento, poner en serias dudas la posibilidad de llegar alguna vez a aplastar la corrupción y la depravación que asolaban aquel mundo.

CAPITULO II

Yakk, Ejecutor 111 del Meteoro Asesino de la Galaxia Nova, dirigió una mirada indiferente a los controles de su micronave, en vuelo vertiginoso hacia remotos confines del Universo.

Todo funcionaba perfectamente a bordo. Sobre un panel luminoso, representando la carta celeste de aquella zona espacial, un punto de luz marcaba la situación exacta de su vehículo. No distaba ya mucho de la llamada Galaxia Deliria, representada en ese mapa cósmico por una amplia mancha de luz con forma de espiral ovalada. Dentro de esa espiral luminosa, un destello rojo significaba su meta final: el planeta Ecstasix.

No había emociones en el rostro de Yakk. Nunca las había realmente. Los Ejecutores no tenían sentimientos humanos. No sufrían dolor, arrepentimiento, amor ni deseo. Eran como máquinas de humana envoltura. Estaban programados para matar, como cualquier computadora. Sólo que las órdenes estaban almacenadas en cerebros perfectamente humanos, y los circuitos no eran tales, sino arterias, venas, nervios, músculos, tendones y huesos, con sus correspondientes órganos y tejidos vitales. Pero todo ello, al servicio de una sola misión: obedecer y matar.

Yakk transmitió por teleondas un breve mensaje al Meteoro:

«Ejecutor 111 informa. Viaje sin problemas. Ruta correcta. Avistada Galaxia Deliria aproximadamente a diez mil unidades de distancia cósmica de mi nave. Calculo momento de llegada dentro de seis jornadas espaciales. Mantendré contacto.»

«Recibido mensaje en Centro de Información del Meteoro. Trayectoria correcta seguida en nuestros detectores. Canal de conexión permanentemente abierto.»

La micronave siguió su majestuoso vuelo a través del Cosmos sin novedad alguna. En un determinado momento, dio alcance a un pequeño cuerpo celeste que fulguraba a cosa de una unidad de distancia cósmica a su derecha. Los ojos imperturbables de Yakk se fijaron por un momento en aquel pequeño óvalo metálico, que parecía flotar sin rumbo fijo en el inmenso vacío.

Dirigió hacía allá sus sensores de detección de formas de vida, tratando de averiguar qué clase de criatura viajaría allí dentro, y hacia

dónde podría dirigirse.

De la pequeña forma oval, de color metálico, no brotó indicio alguno de vida, ni animal ni racional. El detector permaneció silencioso, y la pantalla del mismo no reflejó dato alguno. Ello significaba sólo una cosa: la pequeña pieza flotante no alojaba existencia vital alguna. Debía de tratarse, simplemente, de un pequeño meteoro o asteroide artificial, algún satélite creado por alguna remota civilización, y perdido definitivamente en la inmensidad del Universo.

Yakk prosiguió su viaje, alejándose paulatinamente de aquel cuerpo metálico de forma oval que parecía no significar nada de nada.

El Ejecutor 111 cometió con ello un error. Pero tardaría mucho tiempo en saberlo.

En el interior del pequeño cuerpo metálico, sí había realmente vida.

* * *

Starr despertó lentamente.

Era como volver de un silencio de siglos, de un vacío de milenios. Inicialmente, se notó aturdido, confuso, realmente torpe, física y mentalmente.

Luego, se preguntó si llevaría realmente siglos sumido en aquel profundo sopor. Se tocó el rostro, el cabello, con lentitud y cierta torpeza. Eso no explicaba nada de nada, porque no tenía barba ni le había crecido la melena lo más mínimo. Era como si acabase de dormirse. Pero él sabía que no podía ser así. Su sueño tuvo que ser largo, muy largo, casi una eternidad.

A pesar de ello, ni uñas, ni cabello ni barba habían crecido. Era una forma especial de suspensión animada, de supervivencia en hibernación. Los científicos habían logrado conservar al ser humano durante milenios, sin que su organismo se destruyese, y también sin que sus funciones vitales sufrieran merma alguna. Pero asimismo, habían conseguido que ciertas funciones se detuvieran por completo durante la hibernación, evitando así que el dormido despertara en el futuro convertido en una especie de monstruosa masa de cabello y uñas interminables.

Así, rasurado, con su cabello corto, sus manos impecables, su indumentaria cósmica en perfectas condiciones, había permanecido un tiempo que no podía aún calcular, dentro del hermético tubo de

materia cristalina donde flotara durante su infinito sueño, en reposo total, hasta el momento de despertar.

Se incorporó lentamente en su urna. Esta se empezó a abrir de forma automática al moverse él. Entró aire limpio. Respiró hondo. El oxígeno llenó sus pulmones. La temperatura de su piel, más bien fría en estos momentos, se caldeó. Notó que sus venas también aumentaban de temperatura. Algo corrió, cálido, por ellas. Volvía a la vida, con todas sus consecuencias. El riego sanguíneo se normalizaba tras el período de inactividad mantenido en el interior del tubo cristalino.

Starr trató de recordar algo. En principio no lo logró. Se sentía demasiado aturdido. Su mente funcionaba, pero tardaría algún tiempo en poder hacerla trabajar a tope. Era como un motor delicado, inmovilizado durante un largo tiempo. Aún debía de recuperar su ritmo.

Pero al menos si recordaba quién era él: Starr. Y por qué estaba allí, dondequiera que fuese. Una serie de palabras vagas, aisladas entre sí, acudían a su mente para explicar esta circunstancia: muerte... horror... caos... final.

No supo dar coherencia a esos conceptos todavía. Pero sabía que estaba en aquel lugar para salvar su vida. Su vida... y algo más. No supo qué.

Volvió a respirar con fuerza y se sintió ligero y radiante, al notar el oxigeno llenando sus pulmones de nuevo. Salió del tubo de vidrio, abierto en dos. Pisó con cierta inseguridad. Le parecía flotar, tener los pies acolchados. Tanteó los muros metálicos del pequeño recinto, que se había iluminado paulatinamente al incorporarse él, dando un resplandor blanquecino y tenue a sus muros, convertidos en paneles luminosos, lo mismo que el suelo y la bóveda cóncava que servía de techo al reducido espacio en que se hallaba.

Pudo dar unos pasos hacia un punto donde había un tablero de controles y una pantalla fluorescente, todo ello apagado. Contempló los mandos, casi todos ellos teclas de diferentes colores, con una numeración cabalística a su lado, que no le fue posible interpretar inicialmente.

—Oh, Dios —murmuró, sorprendiéndose por el sonido de su propia voz, ronca y torpe todavía—. ¿Qué ha sucedido realmente? ¿Dónde estoy?

Su instinto le dijo que pulsara una tecla roja, solitaria y aislada en

un punto del tablero, con la letra Alfa sobre ella.

Hubo un leve zumbido en alguna parte. Starr pestañeó, sorprendido. Los mecanismos de a bordo se pusieron repentinamente en funcionamiento. La pantalla de televisión se iluminó. Varias teclas se encendieron con luz de color. Del interior de los controles le llegó un suave ronroneo de funcionamiento.

Clavó los ojos en la pantalla. Leyó, perplejo, las letras fluorescentes que empezaban a alinearse en ella:

> «SITUACION RELATIVA DE LA NAVE EN ESTOS MOMENTOS: DOS MIL MILLONES DE AÑOS LUZ DE LA GALAXIA ANDROMEDA, M 31. FECHA RELATIVA EN EL TIEMPO CONVENCIONAL: AÑO 6375 DE LA ERA, EQUIVALENTE AL AÑO 4205 DE LA NOVISIMA ERA.»

—Cielos, no —musitó aterrado Starr, sobrecogida su imaginación por aquellas cifras incluso en estos momentos de torpeza y confusión iniciales—. Eso no es posible... No puedo haber pasado *cuatro mil* años largos dormido... ni puedo haber llegado *tan* lejos en el espacio...

Confirmó los datos, que se repitieron en pantalla. Se pasó una mano por la frente, aturdido, y se dejó caer en el único asiento, situado ante el tablero de mandos, confortable y giratorio. Pulsó un botón verde que indicaba «TV», y en la pantalla desaparecieron las letras del informe, para aparecer una imagen concreta.

Starr contempló, fascinado, la visión proyectada por la pantalla de televisión. Era el espacio exterior. Una fantástica panorámica de negro vacío sin fin, pero salpicado por miríadas de estrellas, nebulosas y núcleos de astros luminosos, parpadeando en la distancia. Jirones de brumas luminosas surcaban el cielo acá y allá, como gasas vaporosas y fosforescentes que se perdían con rapidez a sus espaldas, como engullidas por el mismo espacio.

No parecía moverse del mismo punto en el vacío estelar, pero el desfile vertiginoso de esa especie de desconocidas brumas luminosas, formadas acaso por remoto polvo de estrellas perdidas, le daba a entender que sí se movía, y a velocidad de vértigo.

Un simple cálculo, cuando pulsó unas teclas de los mandos, le dio una cifra mareante: era la velocidad media de su pequeña nave, expresada en unidades de medida comprensibles para él.

Sintió sed y hambre. Recordó borrosamente algo, y pulsó una tecla blanca, en la que se señalaba una taza y un tenedor como indicador.

De un punto en el panel, se deslizó una especie de puertecilla reducida, y subió a la plataforma un recipiente de material plástico, totalmente hermético. Dentro, aparecía un vaso de cartón encerado, con un líquido humeante, y una bandejita con tres platos de alimento gelatinoso de diverso color.

—Comida concentrada y bebida a base de extractos hidratados —musitó, creyendo entender en qué iba a consistir su alimentación mientras durase aquel viaje inconmensurable.

Rompió el recipiente de plàstico fàcilmente, tirando de un saliente. El líquido humeante resultó ser una especie de apetitoso caldo. Las gelatinas de color en los distintos platillos, tenían sabor a carne, a pescado y a fruta. Cuando los hubo consumido, se sintió harto y satisfecho. Eran alimentos superconcentrados, capaces de ser almacenados en un reducido espacio, y alimentar a un ser humano con facilidad.

—Me pregunto cuánto durarán los alimentos a bordo... —pensó en seguida, con natural preocupación.

Pulsó otra tecla, donde aparecía la letra I, que él inmediatamente aplicó al término información, no supo si por pura intuición o porque lo sabía y su memoria retenía subconscientemente el dato.

En el acto, desapareció de la pantalla la visión exterior del espacio, y asomó una serie de datos bien ordenados por el computador:

> «ALIMENTOS LIQUIDOS Y SOLIDOS SUFICIENTES PARA UN VIAJE DE CIEN AÑOS. PRO VISIONES DESHIDRATADAS EN ALMACENAJE CORRECTO, SOLO NECESITAN HIDRATARSE AUTOMATICAMENTE. AIRE RESPIRABLE ILIMITADO, POR AUTOCONVERSION DEL ANHIDRIDO CARBONICO EN OXIGENO PURO. CLIMA REGULAR MEDIANTE CONTROL COMPUTADO. GRAVEDAD ARTIFICIAL. CAMPO DE FUERZA EXTERIOR AUTORREGULABLE PARA PROTEGER LA NAVE DE TODO CHOQUE O AGRESION EXTERIOR PREVISIBLE. OTROS DATOS TECNICOS E INFORMES MEMORIZADOS EN PANEL CORRESPONDIENTE A TECLADO DEL 1 AL 9.»

Los ojos de Starr se fijaron en las nueve teclas más pequeñas, situadas arriba, y semejantes a las de una máquina de escribir antigua. Eran todas ellas color marfil, y numeradas del 1 al 9, como dijera la computadora.

—Parece que todo está previsto a bordo —se dijo a media voz, con cierto alivio—. No creo que mi vida dure cien años, ni siquiera en el relativo tiempo que corresponda al espacio exterior... De modo que nada tengo que temer por ese lado.

Empezaba a recordar. Su mente ya funcionaba, perfectamente lubricada por los minutos de conciencia que llevaba ya, tras su interminable sueño de cuatro mil años. La sola idea de que hubiese sobrevivido a la terrible prueba de aquellos cuarenta siglos de hibernación, a través del infinito Cosmos, le causaba verdadero vértigo y las cosas dejaban de tener sentido para él.

Pero poco a poco, se hacía a la idea. E iba evocando lejanas imágenes que parecían próximas en el tiempo, cuando lo cierto es que más de cuatro mil años le separaban de todas ellas.

La sola idea de sentirse abandonado, solo, perdido en la inmensidad del Universo, le causaba una depresión profunda, un horror sin límites.

¿Habrá valido la pena sobrevivir para esto se preguntó, al recordar cómo había sucedido todo en el pasado...

Y Starr, entornando los ojos, dejó vagar la imaginación a ese momento que tan cercano le parecía a él, y tan remoto estaba ya en el pretérito, perdido en la noche inmensa de los tiempos, olvidado en lo que ya ni siquiera existía.

Porque él había sobrevivido al holocausto de todo un planeta, de toda un raza, de civilización. El había sido el único en escapar de un mundo que se despedazaba, hecho añicos en una pavorosa guerra devastadora entre seres de la misma especie, lanzados como locos a la autodestrucción.

El había podido abandonar aquel mundo lejano, remotísimo, a bordo de la micronave, capaz para una sola persona, en la que ahora surcaba parajes inconcebibles, allá en lejanos sistemas estelares jamás imaginados por su gente.

Le debía ese favor a un hombre que todo lo hizo por él, que creó esa nave, que dispuso todo a bordo para conservar la vida de su único ocupante en el futuro, y que luego le proyectó al espacio, confiando en

que todo saliera bien, justamente unos minutos antes de que la hecatombe final asolara el planeta.

Sí, ahora podía recordarlo muy bien. Todo volvía a su mente con nítida claridad, en su tremendo dramatismo.

Starr sabía que era el único de toda una raza. El superviviente solitario de toda una civilización, de todo un mundo que creyó ser capaz de llegar adonde nadie había llegado, y que pereció víctima de la barbarie y la ferocidad de sus propios gobernantes enloquecidos.

Starr sabía que cuatro mil años atrás, él abandonó para siempre un planeta agónico, en trance de destrucción total y definitiva, para ser lanzado al Cosmos y allí tratar de alean zar algún mundo civilizado, donde narrar a otros seres inteligentes la gran lección que suponía el apocalipsis de su planeta y de sus gentes.

Starr sabía ahora que él era el único superviviente de un planeta lejano y ya desaparecido.

Un planeta llamado Tierra...

CAPITULO III

Yakk posó suavemente su negra nave de la muerte en un páramo desolado y siniestro, desde el que era imposible distinguir zona habitada alguna. Unos altos peñascos y unos sarmentosos arbustos, cubrieron a medias, a la vista de cualquier curioso, la existencia de su pequeña y tétrica nave espacial.

Apagó los motores y se encaminó al exterior, tras cubrir su metálico uniforme, pegado a su piel musculosa como una malla de niquelados reflejos, con un ropaje menos sorprendente para cualquiera. Debajo de las vulgares ropas oscuras con que cubrió su extraño atavío metálico, se escondían también holgadamente sus mortíferas y ligeras armas, siempre dispuestas para matar.

Informó al Meteoro de su arribada al planeta Ecstasix. Recibió la respuesta de sus superiores:

> «EXTREMA PRECAUCIONES. ES UN MUNDO PELIGROSO INCLUSO PARA TI. BUSCA A TU VICTIMA. NO TE SERA FACIL DAR CON ELLA. ES UN PROSCRITO. Y NADIE TE AYUDARA A ENCONTRARLE.»

Yakk cerró los contactos. Llevaba uno especial en su propia persona, para casos de emergencia. Pero habitualmente no lo necesitaba. Sabía valerse por sí mismo sobradamente, aun en las más adversas circunstancias.

Echó a andar por la llanura desértica, salpicada de vez en cuando por agrupamientos rocosos, pelados y ásperos, o por matorrales resecos y calcinados por un sol abrasador, al que seguían heladas noches oscuras. El planeta Ecstasix no resultaba demasiado acogedor para sus visitantes, a menos que éstos acudiesen a Alucinópolis, su capital, que disfrutaba de un clima artificial idóneo, como correspondía a un lugar tan concurrido por las más diversas especies y razas de aquella Galaxia. Pero Yakk no se había arriesgado a tomar tierra en la propia capital del planeta. Llegaría a esa ciudad como un visitante más, mezclándose con sus millones y millones de forasteros, sin que nadie se fijara especialmente en él. Eso formaba parte de su estrategia para cumplir la misión asignada.

Poco después, vislumbró una casucha perdida en el llano. En un corral anexo, se veían unos animales, especie de caballos de larga crin, con pezuñas como machos cabríos y un cuerno único emergiendo de su frente. Los unicornios se agitaron inquietos al aproximarse a las cercas el recién llegado.

Un hombre asomó en el porche, curioso, caminando encorvado. Tenía pelo ralo, muy blanco, tez color marrón rojiza, como barro, y ojos muy claros y tristes. Miró sin temor alguno al viajero que contemplaba sus unicornios.

—Buenos días —saludó en el lenguaje nativo, con tono apacible y cortés—. ¿Desea adquirir alguno de mis equicornios, señor? Los vendo baratos, se lo aseguro. Con las nuevas máquinas rodantes ya nadie quiere cabalgar en equicornio, pero no hay nada más seguro que ellos todavía. Muchas de esas malditas máquinas se estropean en pleno desierto o sufren accidentes mortales... Por sólo diez monedas, es suyo uno de mis preciados equicornios, señor...

Yakk contempló fríamente al dueño de la casa. El no llevaba monedas encima. Ni necesitaba pagar para adquirir algo que necesitara. Se limitó a sacar la mano de uno de los bolsillos de sus holgadas ropas oscuras. Empuñaba una especie de varilla de metal cristalino, color azul fluorescente. Lo dirigió hacia el hombre de la cabaña, apuntando directamente a su cabeza.

Este dio un paso atrás, entre sorprendido y alarmado.

—¿Qué... qué es eso, señor? —preguntó, demudado—. ¿Me está amenazando acaso?

Indiferente, Yakk apretó la extremidad del tubo vidrioso. Una raya de luz cegadora escapó por el otro extremo del tubo. Alcanzó al hombre. Este lanzó un prolongado alarido de horror y agonía, todo su cuerpo se convirtió en algo incandescente por un segundo... y luego desapareció, sin dejar el menor rastro. Sólo un leve vaho, de fuerte olor a algo quemado, se alzó del lugar donde el hombre estuviera antes. Tras él, en el muro del porche, se dibujaba una silueta negruzca, como si fuese la proyección misma de las cenizas del infortunado, trazando una figura humana que evocaba a una simple sombra.

Yakk guardó el instrumento mortífero y fue caminando con lentitud hacia el cercado. Tomó uno de los equicornios, lo ensilló con unas bridas que encontró en una de las cercas, y subió al mismo, tomando esas riendas y haciendo salir al animal briosamente de su

encierro.

Emprendió un galope a través del desierto calcinado, en dirección a Alucinópolis, la capital de Ecstasix y de la Galaxia Deliria, el centro universal del vicio y la depravación.

* * *

Su nombre aparecía, deslumbrante, proyectado sobre el cielo urbano, a base de un enorme juego de proyectores espejos, en resplandecientes y parpadeantes letras rojas, visibles a mucha distancia:

> «¡BIEN VENIDO A LA CAPITAL DEL VICIO ¡JUEGA, BEBE Y GOZA MIL PLACERES PROHIBIDOS EN ESTA CIUDAD QUE NUNCA CIERRA SUS ESPECTACULOS! ¡SUFRE SI ERES MASOQUISTA, HAZ SUFRIR SI ERES SADICO, RECREATE EN LAS PERVERSIONES MAS INSOSPECHADAS! ¡ALUCINOPOLIS TE ALUCINARA, FORASTERO!»

Era como el pórtico del delirio más exaltado y alucinante El umbral a todo lo prohibido, donde todo se toleraba. Quien entraba una vez bajo ese arco luminoso que se proyectaba en el cielo, por encima de las cúpulas de los resplandecientes edificios de la gran urbe, de su riada de luz cegadora, de sus millones de guiños luminosos, resplandeciendo desde fachadas, tejados y calles, ya nunca más seria capaz de salir de allí, de escapar al maléfico embrujo de Alucinópolis.

Edificios con formas de mujeres desnudas, voluptuosas y exultantes de sexo, recintos como circos, en cuyas arenas se mataba o se moría, entre raudales de placeres monstruosos, calles donde el crimen, la droga y el vicio eran moneda corriente, y en las que una fortuna ganada en juegos increíblemente complicados, iban a parar a los bolsillos de asesinos y rufianes, tras degollar a su víctima ante los ojos indiferentes de cientos de personas enloquecidas por el placer y el deseo.

Eso, y mucho más, era Alucinópolis. Sus burdeles, locales de diversión, salas de juego, flotantes burbujas luminosas que eran en realidad sofisticados establecimientos del placer y de la perversión, a los que se ascendía en globos fosforescentes de mil colores, siempre en

compañía de hembras degeneradas, de eunucos o de robots de plástico bisexuales, todo aquello formaba una increíble, fabulosa catarata de sensualidad y lascivia, de drogadictos, de perversos y de obsesos, de depravados y de exaltados, de enloquecidos y de frenéticos viciosos, capaces de todo por seguir gozando del millón de placeres que prometían los folletos y los anuncios dispersos por doquier, a quien visitaba aquel emporio del vicio.

Pero todo aquello, naturalmente, exigía dinero, mucho dinero. Monedas a raudales, billetes de altísimo valor, metales preciosos, joyas fastuosas, hombres que vendían a su propia esposa o a sus hijos, para seguir gozando de esos deleites sin límite, formaban la moneda corriente a cambio de la cual, la despiadada y deslumbrante urbe proporcionaba goces sin fin a sus visitantes.

La Ley no existía. Existían, eso sí, las siniestras patrullas de los Centuriones Negros, grupos parapoliciales montados y organizados por el Monopolio del Vicio, la supraorganización que controlaba todo aquel fabuloso negocio. Y el Gobierno de Ecstasix, tolerante con ese Monopolio todopoderoso, era como un pelele en su propio mundo, sometido al capricho de los grandes mercaderes del vicio, la perversión y el pecado.

Los Centuriones Negros sólo actuaban al dictado del Monopolio del Vicio. Recorrían sus calles en implacables formaciones, y quien no disponía de dinero para seguir divirtiéndose, era arrojado fuera de la ciudad, salvo que se tratara de una mujer o un hombre con suficiente juventud y atractivo para pasar, a su vez, a formar parte de la diversión, dando placer a los demás hasta morir. El crimen era tolerado, pero no la agresión a empleados o funcionarios de casinos, burdeles y establecimientos de todo tipo. Los infractores de esa norma eran ejecutados en el mismo lugar del hecho sin misericordia alguna.

Quien tratara de impedir un crimen, era inmediatamente eliminado. Los asesinos y ladrones tenían perfecto derecho, según las normas del Monopolio, a aprovecharse de la suerte ajena, si les era posible. Las riñas entre visitantes, en cambio, estaban prohibidas. Los camorristas que se enfrentasen entre sí por causa de una mujer, de una jugada o de cualquier otro pretexto, eran arrestados. Y nadie sabía nunca adónde iban a parar, jamás se volvía a saber de ellos.

Todo eso era ahora Alucinópolis, la capital de la Galaxia Deliria, una ciudad que un día fue normal y próspera, y que un Gobierno Federal, débil y degradado, había entregado virtualmente en manos de los monopolizadores del vicio organizado. La libertad que una vez ganaron los ciudadanos del planeta Ecstasix contra una monarquía

tiránica, logrando la soñada Federación de Estados de la Galaxia, se había ido convirtiendo, por degeneración de sus gobernantes, en el actual caos de corrupción total, hasta culminar en aquel delirio de depravación definitiva y absoluta.

Contra un estado de cosas semejante, sólo un puñado de idealistas y de personas honradas, luchaba en la sombra, con la desesperación que da el fracaso previsible. Pero también con la rabia y la tenacidad de quien sabe que en eso sólo estriba la única esperanza posible.

Mientras tanto, el Gobierno de Ecstasix se hundía en su propia impotencia y en su cómplice tolerancia…

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —se lamentó el Senador Krowaq, mirando con ojos apagados en dirección a los resplandores fantásticos de la ciudad en la noche.

—Nada —suspiró el venerable Ghor, primero de los Patriarcas del Nuevo Régimen, ahora reducido a una total nulidad como legislador y protector de las leyes—. Absolutamente nada, senador Krowaq. Ambos lo sabemos muy bien. Mientras el Presidente Ulahik siga sometido a la Organización del Monopolio, no hay nada que hacer en absoluto.

—No es sólo el Presidente, bien lo comprendes tú, Venerable Primero —se quejó el Senador amargamente—. El Consejo de Gobierno está formado por un puñado de políticos sin escrúpulos, que llenan sus arcas día a día, gracias a la corrupción total de nuestro mundo. Ellos son quienes tienen realmente el poder. El Presidente, después de todo, no es más que un pelele sin voluntad alguna, manejado a placer por sus ministros y consejeros.

—Mientras se afirme que la prosperidad de Alucinópolis es la fuente de riquezas más grande que jamás tuvo la Galaxia Deliria, todo seguirá igual, Senador. Bien cierto es que los miles de millones entran en esa urbe como un raudal de incalculable valor, pero todo ese dinero se pierde en sostener el vicio en pagar mercenarios y en arruinar a los ciudadanos honrados a quienes incluso se les roban sus seres más queridos, para prostituirlos, sin que nadie pueda mover un dedo contra esa ignominia.

—¿Y qué podría hacerse para evitarlo, cuando el Jefe de la Policía y el Jefe de la Milicia Federal son miembros del Comité Cívico de Alucinópolis, y ese Comité es, en su totalidad parte integrante del Monopolio del Vicio? La policía no actúa, la milicia está inmovilizada, se alegan razones democráticas para no actuar con energía y autoridad… y mientras tanto las Centurias Negras de Alucinópolis son

las únicas fuerzas del Orden que actúan sin contemplaciones, con toda libertad de movimientos. Pero, por supuesto, esas Centurias no son sino el cuerpo parapolicial manejado por el Monopolio y por sus cómplices. De modo que eso no hace sino empeorar las cosas. , ...

—Es desolador… —se quejó con tono de profunda tristeza el venerable Ghor—, La única esperanza reside en un hombre como Izard…

—¿Ese joven idealista que anda oculto por ahí? —el senador Krowaq movió la cabeza, dubitativo—. No se… Poca cosa es un solo hombre para enfrentarse a este estado de cosas.

—Un idealista puede mover masas enteras, Senador.

—Es posible. Pero Izard trabaja en la clandestinidad, con medios escasos, ayudado por unos pocos amantes de la auténtica libertad y de la recuperación del espíritu y de la salud de un pueblo corrupto. No puede oponerse seriamente a toda la máquina burocrática, policial y comercial que maneja el Monopolio, con la protección y complicidad del propio Estado, amigo mío…

—Existe alguien que puede ayudar a ese joven héroe, Senador; alguien a quien tú conoces mejor que yo…

—¿Te refieres a mi compañero Rubbesh, el Senador Principal? —arrugó el ceño Krowaq.

—Al mismo. Es tío de Izard, después de todo. Y no está tan corrompido como los demás…

—Es cierto. Rubbesh es un hombre íntegro y honesto. Pero no acaba de estar conforme con la lucha que sostiene su sobrino contra el sistema.

—¿Es que existe otro modo de luchar contra este estado de cosas?

—Nosotros sabemos que no. Pero Rubbesh es un hombre de ideas anticuadas, amante de la paz y el orden.

—No será eso, precisamente, lo que él vea en Alucinópolis —se quejó con amargura el Patriarca.

—Claro que no. En ese punto sí coincide con su sobrino Izard. Pero tampoco se atreve a enfrentarse con el resto del Senado, y menos aún con el Gobierno.

—Si le probáramos que la labor de su sobrino es necesaria, que

sólo la violencia de los sediciosos puede salvar a este mundo… quizás nos apoyara él de alguna forma.

—Es posible. Hablaré con él, pero no garantizo nada. A menos que ocurra algo que le haga ver claro que no existe otro medio de luchar contra la corrupción y el vicio que ha convertido nuestra brillante civilización del pasado en un gigantesco burdel de la más infamante y abyecta condición.

—No olvides hablar con él. Cuanto hagamos por salvar a nuestro planeta, siempre será poco. Después de todo, no podemos estar esperando que nos caiga de las estrellas como un milagro, el ser capaz de salvarnos de tantos y tan vergonzosos horrores y aberraciones…

El Patriarca Ghor no supo que, en ese momento, estaba haciendo una especie de predicción. Porque aunque a él le pareciera imposible, en esos momentos, precisamente, de las estrellas iba a descender alguien sobre Alucinópolis.

Alguien que, quizás, iba a ser ese salvador que él anhelaba con tan escasas esperanzas…

* * *

Starr contempló, perplejo, la imagen que proyectaba su monitor de televisión, tras obtener una aproximación al resplandeciente cuerpo celeste que tenía ante sí, en medio de la luminosa Galaxia en que había penetrado no mucho antes su pequeña nave.

El terrestre no podía dar crédito a sus ojos. Lo que le presentaba la pantalla en estos momentos, era ni más ni menos que una ciudad.

La más enorme, luminosa y fantástica ciudad que viera jamás, cubriendo casi una quinta parte del pequeño planeta visible ante él. Una especie de gigantesca, colosal acumulación de edificios, luces y resplandores, formando una mancha de luz de muchas millas de anchura y longitud, junto a un mar sombrío y denso, en cuyas aguas se reflejaban las miríadas de luces que constituían el fulgor deslumbrante de aquella urbe.

Incluso el cielo, sobre la ciudad, aparecía salpicado de luz, de colores cegadores, de centelleos y resplandores que convertían en día la noche de aquel extraño y desconocido planeta.

Rápidamente, pulsó una serie de teclas, pidiendo información a la computadora.

Se borró la delirante imagen urbana del televisor, parí aparecer los informes que solicitaba a su computadora:

> «PLANETA DESCONOCIDO. APARENTEMENTE HABITADO POR RAZA INTELIGENTE. CAPTADOS CARACTERES DE SU ESCRITURA EN LOS LUMINOSOS AEREOS QUE FLOTAN SOBRE LA CIUDAD, PASO A PRESENTAR TABLA DE TRADUCCIONES DE DICHA LENGUA, TAL CO MO HE PODIDO CAPTARLA.»

La computadora hacía un trabajo eficiente y rápido, pensó Starr, admirado por aquella labor del mecanismo electrónico. En la pantalla, aparecieron una serie de signos, letras y palabras agrupadas, con su traducción correspondiente, codificada por la compleja máquina de a bordo.

Starr leyó con rapidez todo aquello. El había sido un políglota excepcional en el planeta Tierra. Por eso fue el elegido para viajar a las estrellas. Posiblemente era el único capacitado para relacionarse y hacerse entender por gentes de otros lejanos mundos habitados. Ahora parecía que iba a tener la prueba de ello. Estaba, al fin, ante un planeta con vida inteligente. El contacto se había establecido, tal y como soñara en el remoto pasado de su planeta.

No era un idioma difícil el que contemplaba en la pantalla. Recordaba lejanas lenguas de la Tierra, especialmente en la escritura. En cuanto a la fonética, todavía era un misterio para él.

Su mente, perfectamente entrenada para comprender y asimilar los más raros y complejos idiomas, se hizo rápida idea de aquél. Luego, volvió a proyectar en la pantalla la imagen de la superciudad extendida a pies de su micronave.

Era fascinante, pensó. Contempló aquel laberinto fantástico de calles, avenidas y plazas, bañadas en un raudal de luz sin precedentes. Trató de centrar y aproximar más la imagen, pero los delicados y sensibles teleobjetivos de su sistema de televisión, tenían también un límite. Logró una imagen borrosa, desvaída y no demasiado concreta, que le hizo renunciar al empeño y centrar la transmisión en un punto concreto del espacio, muy por encima del nivel urbano de aquella macro-ciudad fabulosa.

Se quedó de una pieza. Rápidamente, su cerebro bien adiestrado

tradujo los rótulos centelleantes que flotaban, entre súbsatélites proyectores de energía lumínica, allá en el cielo de aquel planeta desconocido, como dando la bienvenida a un mítico visitante de otros espacios:

> «¡VISITANOS Y MUERE DE GOCES SUPREMOS Y PROHIBIDOS! ALUCINOPOLIS TE OFRECE SUS HEMBRAS, SUS EFEBOS, SUS DROGAS Y SUS EMOCIONES VIOLENTAS, DE SANGRE Y DE PLACER MORBOSO, SU JUEGO Y SU VOLUPTUOSIDAD. ¡SE BIEN VENIDO A NUESTRA CIUDAD DEL VICIO, CIUDADANO!»

—No es posible... —murmuró, tras anotar rápidamente aquellos signos y hacerlos traducir por la computadora, que coincidió exactamente con su propia traducción—. Estoy en un mundo donde la gente vive entregada al placer, al vicio como si éste fuese una virtud y no un pecado... ¿Qué clase de lugar es éste?

No iba a tardar en saberlo por sí mismo.

De súbito, algo pareció absorberle, atraer su nave hacia e suelo del planeta desconocido. Trató de controlar los mandos de a bordo. No le fue posible. Este había escapado a si control. Se movía vertiginosamente, descendiendo hacia alguna parte, atraído por alguna fuerza ignorada pero terriblemente intensa, algo que, como una vorágine, engullía la micronave terrestre y a su solitario ocupante...

CAPITULO IV

Yzard, el joven idealista, descargó violenta y secamente el golpe.

No tuvo piedad al hacerlo. No podía tenerla. Se enfrentaba a gente para quien la piedad era un signo de debilidad que se pagaba con la muerte. Era cuestión simplemente de eso: de matar o morir.

Y mató.

El enemigo se desplomó a sus pies, con el cráneo reventado como un fruto maduro. Había sangre y masa encefálica por doquier, entre esquirlas de huesos quebrados. El golpe había sido destructor. La fuerza física de Yzard, puesta al servicio de aquel objeto metálico y demoledor que era el puño de su espada, era suficiente para masacrar cualquier cabeza, incluso protegida con un casco de cuero como aquel que llevara el hombretón caído ahora a sus pies.

—Maldito perro sarnoso… —jadeó Yzard, despectivo, escupiendo al suelo, junto al cadáver-. Has encontrado tu merecido…

La mujer le miró con ojos dilatados por el terror. Evidentemente estaba demasiado asustada para comprender que acababan de salvarle la vida. Para ella, lo único cierto es que su amo y señor había sido muerto en su presencia, por un audaz joven de tez bronceada y ojos extrañamente fríos y luminosos.

—Te matarán por esto… —jadeó ella, trémula, contemplando a Yzard con auténtico pánico—. Es la pena capital tú lo tienes que saber… Matar a un mercader está penado con la muerte en Ecstasix…

—Lo sé, maldita sea —rió Yzard casi salvajemente, mostrando sus blancos dientes entre los labios carnosos, curvado en una mueca despectiva y viril—. ¿Tú tienes miedo a eso cuando eras su esclava y, como tal, ibas a morir a su servicio?

—Pero los Centuriones Negros capturan a los infractores de las leyes… y los torturan horriblemente hasta morir. Me lo ha contado mucha gente…

—No te han contado mentira, muchacha —asintió Yzard con rabia —. Esos verdugos torturan a sus prisioneros, hasta que éstos imploran morir. Pero si la muerte no te asusta tampoco debería asustarte el dolor.

—Lo siento. Sí me asusta. Y mucho. No quiero sufrir más…

—Ibas a sufrir esta noche la peor de las suertes —el joven señaló al hombre del cráneo destrozado—. El era tu dueño ¿Sabes lo que significa en esta ciudad que un mercader extranjero compre a una esclava en una tienda de doncellas?

—Sí —afirmó ella roncamente—. Significa ser suya, so portar las más viles humillaciones y más sucias depravaciones de que es capaz un hombre vicioso. Y luego, hacen matar a la chica mientras disfrutan con una máquina de placer…

—Exacto. Veo que te contaron bien cuál iba a ser tu suerte, muchacha —los ojos centelleantes del joven se clavaron en ella, piadosos—. ¿No te sientes feliz de haberte librado de esa suerte?

—Pero ahora… ¿qué va a sucedemos a ti y a mí cuando las Centurias descubran lo sucedido?

—Nadie va a descubrirlo —rió Yzard sordamente—. Eres libre, muchacha. ¿Quieres marcharte de aquí a reunirte con los tuyos?

—Imposible hacer tal cosa —sollozó la joven, cubriendo el bello rostro entre sus manos—. Mi madre fue enviada a un Circo del Placer. Mi padre murió al querer defendernos a ella y a mí, y oponerse a que fuéramos raptadas por las patrullas de reclutamiento de mujeres… No tengo a nadie con quién reunirme. Ni lugar alguno adonde ir…

—Entiendo —asintió Yzard, sombrío—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Contigo? ¿Adónde? —indagó ella, abriendo mucho sus ojos.

—Eso nunca se sabe —rió él—. No tengo hogar tampoco, ni sitio seguro donde ocultarme. Estoy en todas partes y en ninguna a la vez, ¿comprendes? Soy un rebelde, un solitario luchador que intenta devolver la auténtica libertad a nuestro mundo. Mi nombre es Yzard…

—¡Yzard! ¿El proscrito?

—Eso es. El proscrito. El enemigo del Sistema. El rebelde le la Galaxia Deliria. ¿Te decides a venir conmigo?

—¿Qué otra cosa podría desear? —gimió ella, complacida, acercándose a él tras una última mirada al cadáver del mercader—. Seré tu fiel esclava hasta morir.

—No quiero esclavos, sino amigos y hermanos, muchacha —rechazó él enérgico—. ¿Cuál es tu nombre?

—Livia.

—Bien, Livia. Entonces, ahora eres mi amiga, mi hermana. Vámonos de aquí, pronto. No tardando mucho, una patrulla de Centuriones Negros pasará por aquí como es costumbre. Encontrarán ese cuerpo. Y recorrerán la ciudad de arriba abajo, en busca de la persona que mató al mercader y le robó su esclava... y su maldito y sucio dinero.

Y con una carcajada, Yzard se inclinó, arrancando del cadáver las costosas joyas, la bolsa repleta de monedas del más preciado metal de Ecstasix, cien veces más valioso que oro o el uranio puro, como era el fulgurante y azulado a *argium*, y tomando por una mano a la muchacha, se dirigió con ella a la salida del albergue para concubinatos, no sin antes ponerse ambos máscaras y capas suntuosas de pedrería para mezclarse con el eterno y luminoso carnaval que era calle ciudadana, repleta de una muchedumbre semidesnuda disfrazada, en eterno culto a la carne y al frenesí erótico.

Entre risas, jolgorio y clamor populachero de exultante júbilo, se mezclaron el guerrillero y la muchacha liberada mientras quedaba atrás el cuerpo ensangrentado de un rico mercader, ávido de placeres prohibidos, capaz de gozar y de matar para satisfacer su naturaleza lujuriosa, adquiriendo a buen precio una joven vida humana, una criatura dulce indefensa puesta a la venta por los viles comerciantes de Monopolio del Vicio en sus abyectas tiendas, para con esa, muchacha disfrutar de una noche hasta el agotamiento, par luego matarla, como estaba estipulado en las brutales leyes de la ciudad del pecado.

Cuando una patrulla de Centuriones Negros encontró en el burdel el cadáver del mercader, procedente del planeta Eros, cercano a Ecstasix, se dio inmediatamente la alarma general. Toda la ciudad se conmocionó, sin que nadie lo advirtiese. La temible fuerza parapolicial de los hombres de siniestra expresión, casco de acero negro y negro uniforme di tejido metalizado, empezó la búsqueda del asesino del mercader. Y también de la muchacha rescatada. Para ambos, la pena era la misma, cuando fuesen encontrados: tortura y muerte. Una muerte lenta y nada envidiable para ser humano alguno...

Yakk, el Ejecutor 111, dejó su equicornio en manos del empleado del hotel. Echó una indiferente mirada al gran luminoso que prometía a los clientes del establecimiento diversión segura en su Pabellón del Placer, al que se acudía por un túnel cristalino salpicado de arcos de luz multicolor. La entrada al recinto costaba cinco unidades de *argium*. Esculturas de mujeres desnudas, vapores de color simbolizando las

drogas, y el parpadeo continuado de cifras y de signos, representando el juego, eran los reclamos para entrar allí.

Pero Yakk no se sintió tentado por nada de ello. Su mente no comprendía el placer ni el vicio. No experimentaba tentaciones de ninguna clase. No era apenas humano en sentimientos y debilidades. Para él, todo aquel mundo que le rodeaba era como un absurdo aquelarre para gentes vulgares y miserables, capaces de caer en lo más bajo y estúpido.

Tomó un alimento concentrado en el bar automático, apuró un vaso de licor espumoso, a base de fermentos de cereales, y sintió saciados su sed y su apetito. Era persona de necesidades morigeradas y escasas, realmente espartano en hábitos y costumbres. Sólo vivía para cumplir aquello que había sido grabado y programado en su cerebro por sus amos y señores, los Mandatarios de la Muerte. Eso era lo que contaba, y sólo eso.

Salió a la calle, bañada en luz durante toda la larga noche de Ecstasix, cuando las sombras se convertían en claridad y las calles nocturnas irradiaban fulgores que cegaban. Se puso a andar, indiferente, envuelto en su amplio ropaje oscuro, que ocultaba su metálico uniforme.

Eludió, con rostro inescrutable, las caricias de brazos femeninos que se extendían hacia él por doquier, surgiendo de ventanas y puertas de los más fastuosos lupanares, rechazando invitaciones a probar drogas maravillosas, y ofertas tentadoras para jugar con las primeras posturas pagadas por las empresas de los garitos de mayor lujo imaginable.

Se detuvo ante un llamado Circo de Placer y de Sangre. Inexpresivo, contempló sin inmutarse cómo por una puerta trasera extraían montones de cadáveres femeninos y de jóvenes efebos, destrozados y ensangrentados, que iban a nutrir unos carruajes fúnebres repletos de cuerpos humanos, donde posteriormente un sistema de trituración convertía virtualmente en residuos inidentificables toda aquella carne humana que salía del Circo, tras servir de goce a un rugiente público, cuyos bramidos se oían desde fuera, atronando el aire, a medida que el placer sexual culminaba en una definitiva orgía de sangre y de muerte como culminación de la monstruosa bacanal.

Yakk prosiguió su marcha, indiferente a tanto horror, como si todo aquello no fuese con él. Se cruzó con una patrulla de Centuriones Negros. Formaban una escuadra compacta y rígida, que pisaba con

fuerza el pavimento callejero, abriéndose paso entre el temeroso respeto de los transeúntes, que incluso se olvidaban de sus placeres y entusiasmo ante la presencia ominosa de aquellos siniestros agentes parapoliciales, de negro uniforme de cuero y acero, al servicio de los supremos intereses de! Monopolio del Vicio.

Yakk pasó indiferente junto a ellos. Los Centuriones le miraron a él. Y él a los Centuriones. Pero ninguno reaccionó de otro modo. Tal vez algo en el asesino llegado de otra Galaxia, indicó a los representantes de la tiránica autoridad local que no debían molestar a aquel forastero, uno más entre millones de ellos llegados a Alucinópolis en busca de nuevos y prohibidos goces, reservados a sibaritas del sexo, el azar, la droga y la crueldad humana como medio de placer.

La escuadra negra quedó atrás. Y Yakk siguió su camino, inaccesible en medio del alud de tentaciones que era la ciudad del vicio. Sólo preocupado por encontrar al objeto de su viaje espacial: a Yzard, la víctima señalada por los Señores de la Muerte.

* * *

—¿Quieres ser mi pareja esta noche, forastero? Te haré gozar hasta morir, si es preciso...

Aturdido, Starr contempló a la mujer que le hablaba. Tenia la piel azul, los cabellos plateados. Era una auténtica sinfonía de curvas desnudas, bajo una túnica transparente, de tejido cristalino. Su rostro era una bella máscara de perversión y vicio. Sus uñas, largas y puntiagudas, parecían afiladas cuchillas espejeantes, capaces de desgarrar vivo a un hombre.

Sintió horror. Un escalofrío sacudió al terrestre, que apresuro el paso, dejando atrás el extraño y lujoso lupanar a cuya puerta se hallaba la extraña hembra, que soltó una carcajada sarcàstica al verle huir. Vapores raros, de fuerte aroma dulzón, llegaron hasta él desde unos pebeteros cercanos, que humeaban a la puerta de otro recinto, en cuya arcada de acceso se leía: «ENTRA Y GOZA LOS SUEÑOS MAS LASCIVOS Y EXCITANTES.»

—Dios mío, qué horrible lugar... —jadeó Starr, confuso, enjugándose el sudor de su frente al detenerse en una cercana esquina, bañada por los guiños luminosos de un parpadeante rótulo gigantesco, anunciando bebidas afrodisíacas y espectáculos de alto erotismo en otro local, vecino a un enorme bingo y sala de juego, donde uno podía apostar, según una leyenda allí escrita, «incluso la propia vida»,

postura que era aceptada a cambio de otras vidas en juego.

Estaba alucinado. Jamás, ni siquiera en los últimos y corruptos años del planeta Tierra, había visto algo parecido a todo aquello, Era como hallarse inmerso en un enorme pozo de hermosos y bellísimos monstruos de horror, donde la luz, el color y la música disfrazaran con galas a los más horrendos engendros imaginables.

Había comprendido perfectamente a la mujer de piel azul que le ofrecía prohibidos goces con mirada maligna y sinuosos retorcimientos de sus curvas. De modo que la lengua de aquel mundo no ofrecía problemas para su comprensión También podía leer todos los infinitos rótulos de aquella Babel fantástica dedicada al vicio, así como entender a quienes se cruzaban con él, o a las voces que emitían canciones grabadas a través de sistemas de sofisticada megafonía, a base de burbujas sonoras flotando sobre sus cabezas.

Carecía de dinero para divertirse en aquel mundo delirante de diversiones, goces y tentaciones múltiples pero lo cierto es que tampoco le seducía la idea de dar rienda suelta sus sentidos de ese modo. Casi le daba miedo aquel lugar apenas conocido. Intuía que estaba metido en una dorada jaula, donde no todo era precisamente tan bello ni tan seductor como por las apariencias podía suponerse.

Bruscamente, al pasar junto a una larguísima hilera de complejas máquinas tragadoras de monedas, fue golpeado, por alguien, y cayó contra una de las máquinas. Los que le golpearon, un grupo de hombres y mujeres en plena euforia se alejaron sin darse siquiera cuenta del incidente Pero la máquina que golpeó Starr con su hombro, vomitó impetuosamente un chorro de monedas de un raro color azul brillante, que se desparramó como un raudal de luz materializada en discos brillantes a sus pies.

Unos individuos chillaron, pretendiendo arrojarse sobre las monedas como aves de rapiña, ante el asombro de Starr que no sabía qué hacer. Pero sonó un estampido seco, y uno de los bribones se desplomó en la calzada, con la cabeza hecha pedazos.

Starr pegó un respingo de horror. Miró hacia el punto de origen de aquel sonido. Se encontró con cuatro hombres uniformados de cuero negro, con cascos de acero y extrañas pantallas o máscaras de metal protegiendo sus frentes, nariz y mentón. Unos helados ojos incoloros le miraron por debajo de la visera de los cascos de negro acero con la calavera grabada en ellos.

—Recoja su dinero —le dijeron en el idioma de aquel mundo—, Es

suyo. Nadie puede robar a un jugador cuando está en pleno juego.

Starr pestañeó, sin decir nada. Se inclinó, recogiendo el montón de monedas. Uno de los patrulleros de negro uniforme aprobó, sonriendo extrañamente:

—Ha tenido mucha suerte. Nada menos que la máquina mayor le ha dado el primer premio... Que disfrute de los placeres de esta ciudad, forastero. Y cuidado después. Si se deja robar o matar una vez deje el juego, es asunto suyo. La Ley ya no protege al que deja de jugar.

Y el grupo de Centuriones Negros se alejó, impávido, calle abajo. Starr, confuso y desorientado, se limitó a ir echando monedas a la máquina afortunada, sin recibir premio alguno, y sintiéndose cercado por cien miradas malignas, que parecían pendientes de que dejase de jugar para asaltarle y robarle cuanto le quedara del cuerpo sin vida tendido en la calzada, con la cabeza pulverizada por el disparo de un arma cuya naturaleza él desconocía, nadie se preocupaba lo más mínimo.

Gastó casi la totalidad del dinero tan casualmente ganado, sin saber qué hacer. Cuando le quedaban sólo ocho monedas y la horda de siniestros mirones continuaba al acecho en torno suyo, expectante, juzgó que ya había tirado inútilmente bastante dinero. Aquella maldita máquina no le devolvería una sola moneda más.

Depositó la última moneda en la ranura, y presionó el resorte, disponiéndose a seguir su camino arrojando las demás monedas a quienes le vigilaban tan malignos como amenazadores para su seguridad personal.

—¡Oh, no! —gimió, cuando la máquina, de nuevo vomitó un chorro interminable de azuladas monedas, sin duda de gran valor en aquel mundo, y que parecieron como una lluvia tintineante y musical, golpeando el asfalto cristalino de aquella fantástica urbe—. Otra vez no...

Los ojos de los mirones fosforescían como los de extrañas fieras al acecho. Starr tuvo una idea. Se encogió de hombros y guardó las siete monedas sobrantes en su bolsillo. Miró con cierta pena la fortuna indudable que reposaba en el pavimento callejero.

—Para vosotros —dijo a los demás, en su propia lengua—. Es vuestro, amigos.

Agitó una mano en saludo, sonrió y se alejó tranquilamente. Tras

el primer momento de asombro, un alud de pillos se arrojó sobre la masa de monedas. Starr oyó gritos, alaridos, ruido de lucha. Giró la cabeza.

Un escalofrío de horror sacudió su persona. Dilató los ojos, incrédulo.

—No, no es posible… —susurró—. Es demasiado monstruoso…

Pero estaba sucediendo. Aquel grupo de rufianes estaba matándose entre sí. Se acuchillaban en plena calle, en un baño atroz de sangre y crueldad sin límites, sin que nadie reaccionase para evitarlo, ni tan siquiera les dirigiese una mirada de sorpresa o escándalo. Varios cuerpos ensangrentados se agitaron en el suelo, mientras los más astutos y despiadados escapaban, con sus cuchillos ensangrentados, dueños de la rapiña efectuada. Starr no hubiera sabido si vomitar o no en esos momentos, de no haber ocurrido algo peor todavía, al menos para su persona.

Dos individuos armados de largos cuchillos puntiagudos y afiladísimos, le cerraban el paso en la luminosa calle repleta de garitos de juego. La gente, indiferente, no hacía ni caso de la escena.

—Eh, danos esas monedas que llevas —silabeó uno, maligno, haciendo destellar su arma con el reflejo de las miríadas de luces que hacían resplandecer la calle como un río de claridad—. Si te resistes, te degollaremos, forastero…

Y el otro compinche soltó una risotada cruel, acercándose a Starr con el decidido propósito de ensartarle con su arma blanca.

CAPITULO V

El senador Rubbesh era un hombre majestuoso, de arrogante y alta figura, túnica dorada y piel broncínea, cuyos ojos penetrantes parecían ocultar muchas más cosas de las que su fácil palabra expresaba ante los demás, ya fuese en público, durante sus intervenciones políticas, o en privado ante sus amistades.

Contempló en silencio a sus dos interlocutores, antes de mover la cabeza con energía, en sentido negativo.

—Comprendo vuestro afán en conseguir mi ayuda, pero no puedo hacerlo —declaró con lentitud.

—¿Por qué, Senador? —objetó el Patriarca Ghor—. Yzard, tu sobrino, necesita ayuda para poner de nuevo en orden las cosas de nuestro mundo.

—Es demasiado peligroso ponerse a su lado en estos momentos —rechazó el Senador Rubbesh—. ¿Sabéis que el jefe de Seguridad del Estado, Dakron, ha dictado orden de ejecución inmediata para toda persona que ayude a mi sobrino, hombre o mujer, joven o anciano, niño o adulto?

—Algo he oído de eso —asintió el Senador Krowaq—. Pero esa medida es anticonstitucional. No está prevista en nuestra Legislación.

—¡Al diablo con la legislación! ¿Y qué le puede importar eso a Dakron? El es el jefe supremo de todas las fuerzas de Seguridad del Estado y, al mismo tiempo, un alto ejecutivo de la Organización del Vicio en Alucinópolis. De modo que hace lo que le viene en gana, y el Gobierno se piega a sus deseos dócilmente. Virtualmente, él y sus leales dominan todo, controlan el poder en la sombra y pueden borrar de un solo plumazo a todo el Senado y a la Asamblea de Patriarcas, si les viene en gana. Nadie en Ecstasix movería un dedo en nuestro favor si eso ocurriera.

—Precisamente por ese estado de cosas realmente lamentable, es más necesario que nunca que Yzard alcance sus propósitos algún día —señaló duramente el Senador Krowaq.

—Cuidado —le avisó el Senador Rubbesh—, Si alguien te oye decir eso, sería motivo suficiente para que te costara la cabeza. Así están las cosas.

—¿Y nadie va a rebelarse contra ello?

—No, nadie. Comprenden que el loco que lo intente morirá de inmediato, y a nadie le gusta sacrificarse en vano. Va a salir un edicto ofreciendo una verdadera fortuna por Yzard vivo o muerto. Temo que mi pobre sobrino no pueda evitar alguna traición que le cueste la vida. La codicia es uno de los pecados más arraigados en esta sociedad nuestra de hoy en día.

—¿Sólo la codicia, Rubbesh? —replicó Ghor con sarcasmo—. Vivimos rodeados de depravación, de lacras miserables, como la prostitución, el crimen como espectáculo sexual, el juego desenfrenado, el asesinato en las calles, los drogadictos tolerados, el envilecimiento de los más puros sentimientos humanos, el robo vergonzoso de mujeres e hijos para destinarlos a lupanares y garitos hasta morir... ¿Qué clase de mundo estamos pretendiendo gobernar, amigo mío?

—Ninguno, Ghor —sentenció Rubbesh, sombrío—. No gobernamos nada de esto en realidad. Somos marionetas al servicio de intereses bastardos y ruines. El dinero y el vicio lo dominan todo. Ya es demasiado tarde para enfrentarse a eso. Constituye una fuerza demasiado poderosa para intentar derribarla.

—De modo que nos niegas tu ayuda...

—No quiero morir a manos del verdugo —confirmó secamente el tío de Yzard—. Lo siento. Para mí, ya no existe ningún sobrino. No quiero saber nada de Yzard. Me vigilan los agentes especiales de Dakron por ese motivo, y no deseo darle motivos para que me envíe a los hornos de la muerte como culpable de alta traición al Estado. No contéis conmigo para nada. Olvidad mis lazos de parentesco con ese loco. Olvidad incluso que existo.

—¿Tanto amas la miserable e indigna vida de que ahora gozamos? —se irritó Ghor, irguiendo agresivamente su figura venerable—. Me avergüenzo de haber sido algún día tu amigo, Rubbesh.

—Ghor, ¿qué estás diciendo? —se ofendió el Senador—. Eres un Patriarca. Esperaba de ti términos más respetuosos y dignos de tu condición de legislador.

—¡Pues no vas a oír otros! —rugió el venerable anciano con rabia —, ¡No creo que ya me consideren legislador siquiera, cuando las leyes las escribe y dicta aquí ese maldito Monopolio del Vicio! ¡Nadie cuenta ya con nosotros, el Consejo de Ancianos de la Asamblea de Patriarcas Legisladores! ¡Te juro que yo mismo, en persona, buscaré a

tu sobrino Yzard por esa ciudad maldita y nauseabunda, hasta dar con él y unirme a su grupo de libertadores!

—¿Te has vuelto loco, Patriarca? —jadeó Rubbesh, abriendo enormemente sus ojos—. Si alguien se entera de ello... eso significaría la muerte.

—¿Y qué me importa la muerte a mi edad? Tú puedes temerla. Yo, no. Me da demasiado asco y náusea este mundo podrido que me rodea, para desear seguir viviendo en él. Por ello prefiero morir, si a cambio hay una esperanza, una sola, de que nuestro planeta deje de ser la inmunda basura que ahora es. Iré a Alucinópolis y yo, personalmente, buscare por doquier, hasta encontrar a tu sobrino Yzard y unirme a su gente. Seguro que el hecho de que todo un Patriarca se incorpore a las filas de los rebeldes, causará mucho más impacto que todo cuanto pudieras tú hacer, Rubbesh.

Y airadamente, dio media vuelta, abandonando a los dos Senadores, que se quedaron solos en la amplia estancia, de espejeante suelo negro, mirándose perplejos el uno al otro, rodeados por los perfumados jardines y las bellísimas estatuas, recuerdo de otros tiempos más románticos y nobles, en aquel palacete inmediato al Palacio del Gobierno de la Galaxia Deliria.

—Cielos, ese hombre está enloquecido... —jadeó Rubbesh, muy pálido—. Un Patriarca, uniéndose a un grupo de rebeldes perseguidos y proscritos...

—El al menos, tiene valor para tomar esa decisión —comentó con amargura el Senador Krowaq, mirando a las estrellas que parpadeaban deslumbrantes sobre sus cabezas, en la noche fría de Ecstasix—, Ni tú ni yo seriamos capaces de tanto heroísmo, Rubbesh.

—Eso no es heroísmo. Es demencia —objetó el tío de Yzard mordiéndose el labio inferior con tristeza—. Cuando se sepa que un Patriarca Legislador, el primero y de mas edad de todos, el más respetado, se ha pasado a los rebeldes de mi sobrino...

—Eso, sin duda, hará impacto —sonrió Krowaq—. Tal vez sea el principio de un gesto de rebeldía más colectivo...

—Tal vez. Pero todos pagaremos por esa locura de Ghor. Dakron se enfurecerá mucho cuando lo sepa. Y ese hombre me da miedo...

* * *

Starr supo que se trataba de matar o morir. Esa era la única

alternativa válida ante el acoso de los dos rufianes, armados con aquellas afiladas hojas de acero que no iban a dudar en clavarle en el cuerpo por unas pocas monedas de aquel valioso metal azul de Ecstasix. Nadie de cuantos pasaban por la luminosa calle movería un solo dedo, no ya por evitarlo, sino ni tan siquiera por intervenir o mostrarse curiosos de aquel enfrentamiento mortífero.

Cuando el más próximo de sus adversarios movió su navaja hacia él, Starr actuó.

Era un hombre perfectamente entrenado para un enfrentamiento violento con cualquier enemigo, aun no llevando armas encima. Lo cierto es que algún arma llevaba, pero no pensaba utilizarla en estos momentos. Le era suficiente con recurrir a sus profundos conocimientos de artes marciales muy sofisticados, para encararse a aquel par de hampones sin conciencia.

Al centellear hacia él la hoja de acero, Starr disparó su pierna con fulminante precisión y rapidez. Golpeó en el cuello del agresor. Este, como tocado por un rayo, se desplomó a pies del terrestre.

Estaba muerto.

Los ojos en blanco, la boca contraída, la garganta rota en dos, por el simple impacto de un pie, que apenas sí parecía haberle rozado. El otro, que atacaba ya, dispuesto a clavarle el arma en el costado, sufrió una brusca impresión en pleno acoso, y eso demoró su acción.

Starr no tuvo piedad tampoco con él. Sabía que las reglas del siniestro juego de la vida y de la muerte eran así en aquella fabulosa ciudad de esplendor y de sordidez al mismo tiempo. Matar o morir, sin remisión.

Mató de nuevo. El segundo hampón se desplomó como fulminado cuando una mano extendida de Starr golpeó, seca y precisa, en su sien. Era un golpe mortal, aunque pareciese una simple caricia. Las técnicas de lucha ancestral que dominaba el viajero del espacio llegado del remotísimo planeta Tierra, eran perfectas hasta lo diabólico. Por alguna razón, alguien, en el remoto pasado de su vida, le había reservado para la misión suprema de representar lo que quedaba vivo de la especie humana de la Tierra, para ser el último superviviente de una civilización que se destruía a sí misma en el holocausto decisivo. Eligió aquel hombre a un joven inteligente, culto, mentalmente capacitado para muchos prodigios. Y físicamente capaz de defender su existencia en las más duras y difíciles condiciones, aun sin arma alguna en sus manos.

Sólo un par de segundos habían bastado para matar a dos hombres armados y peligrosos. Ahora, miró en torno, expectante. Nadie hizo el menor caso de su hazaña fulgurante. Unas fulanas semidesnudas y ebrias pisaron incluso los cadáveres, abrazadas voluptuosamente a unos ricos mercaderes de los planetas vecinos, sin preocuparse lo más mínimo de su presencia en la calzada.

Pero uno de aquellos extraños uniformados de negro que patrullaban por las calles actuó de distinto modo. Había asomado por la cercana esquina, y se detuvo, entre maravillado y perplejo, al ver la exhibición vertiginosa de Starr y sus mortíferos efectos en los agresores.

—Eh, tú, forastero —llamó con voz áspera—, Ven aquí. Es una orden. ¿De dónde vienes que manejas tan diabólicamente tus manos y pies, al extremo de matar a su solo contacto? Vamos, ven y responde, en nombre de la Ley…

Starr supo que estaba en peligro de nuevo. Y esta vez la cosa era peor. Aquel individuo de siniestro y lúgubre atavío de acero y cuero, estaba desenfundando una especie de pistola sofisticada, color plata, con una serie de resortes de disparo. Su gesto era huraño, tras la máscara protectora de metal y cuero que convertía su rostro en una especie de carátula maligna.

—Ellos me atacaron —se excusó Starr—, Creo que obré justamente al defenderme…

—No hablo de eso —silabeó el Centurión Negro, moviéndose lento hacia él—, Es tu extraño arte de lucha el que me interesa. Tu nombre y origen, pronto. Sospecho que no eres habitante de ninguno de los vecinos planetas de la Galaxia Deliria, y está prohibida la presencia de extraños de otros mundos y galaxias en nuestra ciudad, bajo pena de muerte, a menos que hayan solicitado previamente su permiso de residencia en Ecstasix. ¿Tienes tú la identificación oficial del Monopolio?

—Yo he llegado casualmente aquí… —pretextó Starr, retrocediendo ante el avance del otro—. Virtualmente, soy un simple náufrago del espacio y…

—Lo sospechaba. Ven conmigo. Estás arrestado. Podemos acusarte de permanencia ilícita en Ecstasix, y de doble homicidio en dos ciudadanos de la Galaxia. Ambas acusaciones son suficientes para enviarte a los hornos de exterminio… Si intentas resistir, te desintegraré como si fueses de vidrio, forastero.

Y dirigió su arma hacia él, con una expresión sombría en sus crueles ojos. Starr comprendió que esta vez no iba a ser tan fácil escapar de aquel trance. No le inspiraba la menor confianza aquella clase de guardianes de la Ley. Estaba seguro de que si se entregaba sin resistencia, su destino estaría decidido irreversiblemente.

Optó por vender cara su vida. Cuando el otro estaba aún a prudencial distancia, dio un salto inverosímil en el aire, disparando sus piernas ante sí, acrobáticamente. El Centurión

Negro fue sorprendido por aquella acción vertiginosa y espectacular.

Cuando quiso darse cuenta, su arma volaba de sus dedos, disparando un chorro de luz que desintegró de modo fulminante un enorme rótulo luminoso y una estatua de mujer desnuda, entre los gritos de terror de varios transeúntes, que corrieron despavoridos.

Pero eso no fue todo lo que logró Starr con su seco impacto, casi un roce brusco de su pie, en el brazo armado del policía. Un chasquido áspero acusó el daño. Un alarido de supremo dolor escapó de labios del Centurión Negro. Y su brazo colgó inerme, totalmente roto, convertidos en astillas todos sus huesos. El miembro del cuerpo parapolicial del Monopolio, se desplomó de rodillas, jadeando, con la faz convulsa por el terrible dolor, y mirando entre pasmado y aterrorizado a su atacante.

—Podría matarte, pero no lo haré —jadeó Starr, apresurándose a salir a la carrera de aquel lugar, mientras alguien, asomado a una ventana en un garito de juego cercano, se apresuraba a hacer sonar un agudo silbato de alarma, para atraer a la policía.

—¡Un Centurión agredido y herido! —clamaba el tipo del garito de juego—, ¡Acudan pronto! ¡Un forastero ha atacado a un Centurión, dañándole!

La gente se abrió paso, con gesto atemorizado, como si su solo contacto les causara pánico. No supo si tenían miedo de él o de lo que acababa de hacer a la vista de todos. La voz histérica de una mujer semidrogada, que se retorcía voluptuosa en brazos de su amante en plena calle, le alcanzó al pasar corriendo cerca de ella:

—¡A él, a él! —clamó—. ¡Ha atacado a los Centuriones! ¡Está condenado!

Jadeante, envuelto en luz, ruido, música y torbellinos decolores, Starr supo que era como sentirse inmerso en un laberinto amenazador

y mortífero donde podía ser destruido en cualquier momento. Empezó a saber lo que era sentirse acosado, desesperado. Aquella gente no le permitiría ocultarse, ir a ninguna parte. Todos ellos eran sus enemigos. Del primero al último de los habitantes de aquella enorme ciudad perversa.

No supo cómo, se metió en una calle más angosta, a la que asomaban lupanares de todo tipo, ofreciendo su femenina mercancía en escaparates luminosos. Se detuvo, indeciso sin saber hacia dónde proseguir con su desesperada fuga

Entonces, una mano le sujetó fuertemente el hombro. Se volvió, dispuesto a lanzar otro golpe mortal a quien fuese. Se contuvo.

Unos ojos muy verdes y rasgados, que centelleaban como esmeraldas, unos labios rojos y carnosos, un hermoso rostro de mujer, rodeado por sedosos cabellos largos y azules, apareció junto a él.

—Pronto —dijo la mujer con voz apremiante—. Entra, forastero—. Tienes que ponerte a salvo. Si la patrulla te alcanza, eres hombre muerto.

Tiró de él. Starr no supo si esto sería mejor o peor. Pero no podía elegir. Se dejó introducir en uno de los lujosos lupanares. Ella misma le condujo hacia una escalera mecánica ascendente, de peldaños de materia cristalina. El aire olía a perfumes intensos y embriagadores, y flotaban burbujas de colores como pompas de jabón, por doquier, desgranando una musiquilla suave cada una de ellas.

Subió con la mujer, cuyo cuerpo semidesnudo era escultural y majestuoso, envuelto en tenues gasas doradas que permitían contemplar todas sus formas seductoras y espléndidas.

—¿Adónde me llevas, mujer? —quiso saber Starr.

—No hables ahora —susurró ella, sin volverse—. Tu vida depende de ello. Cuanto antes estés en sitio seguro, tanto mejor para los dos. Si me sorprenden ayudando a un hombre como tú, me matarán de inmediato. Nadie puede proteger a un agresor de los Centuriones. Está penado con la muerte. Buena la hiciste, forastero.

—No le maté, y pude hacerlo. Sólo le desarmé y rompí su brazo. Tenía que defenderme.

—Esa es sobrada razón para que te torturen durante todo el tiempo que te reste de vida, hasta morir a causa de esos mismos tormentos, forastero —le avisó ella, con tono preocupado—. Ven, por

aquí, pronto…

Habían llegado a una planta alta. Abajo, en las calles, la algarabía era considerable, y Starr temía que él era el motivo de toda ella. Silbatos, sirenas, voces y carreras, se percibían por doquier. Estaban buscándole a la desesperada. Sólo podía confiar ahora en aquella hermosa desconocida con aspecto de meretriz, en una ciudad tan extraña como inquietante.

La siguió por un corredor sin luz, hasta una estancia en la que entraron los dos. Ella cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. Dio luz. Era un dormitorio lujoso, perfumado, con una redonda cama flotando sobre un lecho de espuma y de agua cristalina. El lugar ideal para una escena amorosa. La luz allí era rosada y procedía de las propias aguas que formaban el lecho de aquella cama circular, cubierta de ricas sedas adamascadas.

—Es mi lugar de trabajo —sonrió ella, con coquetería, guiñándole significativamente un ojo—. Espero que no te importe la ayuda de una prostituta. Tienes aspecto de ser un hombre diferente a los que vienen en busca de un rato de amor, ¿me equivoco?

—Bueno, en estos momentos no podría pensar en nada así, palabra —confesó Starr, con un amago de sonrisa irónica, pese a las dramáticas circunstancias.

—Lo creo. Tu situación en esta ciudad es muy grave ahora, forastero. No me importa quién seas. Lo que cuenta es que te persigue la Ley, y eso basta para ayudarte. Ven. Te ocultaré.

Presionó una moldura oculta bajo su sorprendente y voluptuoso lecho. Para asombro de Starr, toda la pequeña pileta en que se asentaba la cama redonda, se elevó sobre sí misma, mostrando un hueco debajo. Era lo bastante ancho para entrar por él un ser humano. La meretriz lo señaló.

—Baja por ahí. Conduce a un compartimento secreto. Hay aire suficiente, algo de agua y alimentos para unos pocos días. No salgas de ahí por nada. No te muevas demasiado ni hagas ruidos. Los Centuriones Negros registrarán todo, incluso esta habitación. Pero nunca encontrarán ese refugio secreto. Al menos, eso espero. Suerte, forastero.

—Gracias, mujer —Starr se detuvo antes de entrar por el orificio situado bajo la original cama de la desconocida—, ¿Cuál es tu nombre, cuando menos? Me gustaría saberlo… ocurra lo que ocurra.

—Zara —dijo ella con sencillez—. Algunos me llaman Zara la Hermosa.

—Para mí, si salgo de ésta, serás también Zara la Maravillosa —suspiró Starr, dándole un rápido beso en los labios y penetrando en el hueco. Poco después, bajaba el lecho sobre él, y el angosto túnel descendente se llenó de tinieblas, hasta que por fin notó que llegaba a un compartimento cuadrangular, provisto de una litera y una mesa, sobre la cual había alimentos y un recipiente con agua. Una leve claridad procedía de una especie de figurilla fosforescente, color verdoso, que sin duda tenía esa simple utilidad allí: evitar que la oscuridad acompañase constantemente al escondido, hasta poder salir de su refugio milagroso.

CAPITULO VI

Nunca supo el tiempo que pasó allí. Sólo que se durmió en dos o tres ocasiones, que casi agotó el recipiente de agua y parte de las provisiones almacenadas.

Al fin, despertó de uno de sus periodos de sopor al penetrar una luz intensa por el túnel de acceso, y una voz apagada llamarlo brevemente:

—Eh, tú, extranjero... Despierta, muchacho. Soy un amigo, nada temas.

Starr abrió los ojos. Se quedó mirando a las sombras que entraban en el oscuro recinto. Un hombre y una mujer. Luego, otro hombretón enorme en la entrada, cubriendo totalmente la escasa luz dorada que provenía de fuera.

—¿Quiénes sois? —quiso saber Starr, desconfiado, poniéndose vivamente en pie.

—Mi nombre es Yzard —dijo la voz varonil suavemente—. Tal vez nunca hayas oído hablar de mí.

—No, nunca.

—Entonces, no eres de esta Galaxia, ¿no es cierto? —unos ojos penetrantes, profundos, se fijaron en él, centelleando en la penumbra —. No lo es, ¿no?

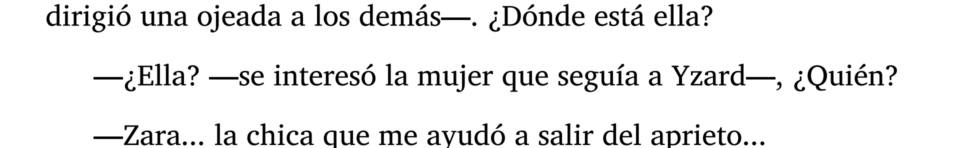
—No, no lo soy. Vine... de muy lejos —suspiró Starr, aún desconfiado.

—Bueno, eso no importa. Lo que cuenta es que dañaste a un Centurión Negro y que te persiguen para matarte. Pero tienes buenos amigos en esta maldita ciudad. Te ayudaremos a salir de ella sin que te echen la mano encima esos puercos asesinos, palabra.

—Además de llamarte Yzard, ¿quién eres, exactamente? —se interesó el terrestre.

—Alguien quiere cambiar las cosas. Y radicalmente. Limpiar este mundo de suciedad, de injusticia, de sangre y de maldad.

—Por lo que he visto en esa gran ciudad vuestra, difícil lo tienes, Yzard —comentó amargamente Starr, moviendo la cabeza. Luego



dirigió una ojeada a los demás—. ¿Dónde está ella?

—¿Ella? —se interesó la mujer que seguía a Yzard—, ¿Quién?

—Zara... la chica que me ayudó a salir del aprieto...

—Bueno, ella tiene un trabajo que hacer —sonrió Yzard, aunque con gesto ensombrecido—. No le gusta, pero está obligada a ello. Las mujeres hermosas tienen que prostituirse hasta ajarse y ser entonces víctima de los sedientos de sangre y morbo en cualquier Circo del Placer... Algo espantoso, amigo. Y Zara aún es joven, por fortuna.

—Entiendo —Starr cerró los ojos, disgustado—. Es horrible. Aquí se tiene que sobrevivir, sea como sea, ¿no es cierto?

—Como en todas partes. Pero en nuestro mundo es infinitamente más difícil. Estos son mis amigos Livia y Gorgan. Gorgan es capaz de despedazar a diez hombres a puñetazos en un instante. Pero que yo sepa, no le es posible destrozar un brazo de un simple golpe o matar a dos rufianes por un simple contacto. Livia era esclava de un mercader que la torturaba y abusaba de ella cruelmente. Maté a ese mercader, y ahora Livia está al margen de la Ley. Como todos nosotros —rió Yzard de buen humor, apoyando una mano firme y leal en el hombro de Starr—. ¿Cómo te llamas, amigo?

—Starr. Vengo de...

—No importa de dónde vengas —le atajó Yzard vivamente—. Me basta con que seas un camarada en apuros, una víctima más de la injusticia de este mundo endemoniado en que nos encontramos. Toda la ciudad está siendo movida de arriba abajo. No han dado contigo, y están furiosos. Tenemos que salir de aquí cuanto antes, o todos corremos el riesgo de caer en manos de ellos.

—Eres un rebelde, ¿verdad? Un proscrito, imagino...

—Imaginas bien, Starr —sonrió Yzard—. Todo el que desea para nuestro pueblo auténtica libertad y no libertinaje, dignidad humana y no sometimiento a un abuso de poder y a una debilidad de los gobernantes, honradez y limpieza de sentimientos, es un marginado, un perseguido, un reo de alta traición contra el Estado. Supongo que ha ocurrido siempre y seguirá ocurriendo en todos los mundos habitados. Pero nuestra situación es desesperada.

—Puedo hacerme cargo. He conocido vuestra gran ciudad del placer durante unas pocas horas...

—Entonces huelga todo cuanto pueda decirte. Estáte preparado.

Ahora es de dia. Esta noche, ya de madrugada, saldremos de Alucinópolis en una falsa caravana de mercaderes. Espero que todo salga bien.

—¿Y si sale mal?

—No lo contaremos ninguno, amigo mío —rió Yzard—. Es el riesgo a correr. Pero resulta mucho peor quedarse aquí, a esperar lo inevitable. Tarde o temprano, darían con nosotros. Y Zara corre mucho peligro manteniéndote oculto en su casa.

—No quiero comprometer a nadie. Si es preciso, afrontaré mis propias responsabilidades —declaró el terrestre con energía.

—No seas loco. Eso significaría la tortura y la muerte.

Confía en nosotros. Volveremos más tarde a sacarte de aquí. Hasta ahora te estás portando bien. Zara dice que ni siquiera ha oído el más leve ruido aquí abajo.

—Ojalá todo siga igual —suspiró Starr, preocupado—. Siento claustrofobia aquí dentro, pero sé lo que está en juego y puedo soportarlo.

—Buen chico —aprobó Yzard—. Creo que eres digno de recibir ayuda. Aún no me explico cómo pudiste matar a esos dos rufianes que te atacaron en la calle, aunque un buen amigo me contó el lance con detalle... ¿Conoces alguna técnica especial de lucha capaz de matar por simple contacto?

—Así es —afirmó Starr gravemente—. Y no me gusta utilizarla, Pero a veces no hay otro remedio...

—Ten un poco más de paciencia —dijo Yzard, dirigiéndose de nuevo a la salida con la dulce muchacha y el gigantón que le escoltaban—. Dentro de poco volveremos para sacarte de aquí.

Estrechó aquella mano viril que le tendían. Los nativos de Ecstasix abandonaron la cámara oculta. Se cerró de nuevo el acceso al dormitorio de Zara, la meretriz. Y Starr volvió a quedarse solo en la casi total oscuridad, apenas diluida en una breve zona por la estatuilla fosforescente. Tomó un sorbo de agua, algo de alimento, y se tendió de nuevo en la litera, a esperar la salida de aquel cerrado recinto que empezaba a asfixiarle.

* * *

Con la madrugada, el espectáculo urbano era aún más depresivo y vergonzoso.

La oscuridad estaba a punto de dar paso a la luz de un nuevo amanecer, no más de una hora después. Era el momento en que la gente había agotado la noche de infinitos placeres, y ahora se veían por las calles, en la penumbra de la decadente noche, ya con muchos locales cerrados y otros a punto de hacerlo, grupos de hombres y mujeres, semidesnudos y ebrios, drogados o ahítos de goces carnales, tumbados en aceras y calzadas, en confuso montón hediondo, que hablaba claro de las miserias del vicio sin freno que dominaba a aquellas gentes.

Ladronzuelos y pillos se dedicaban al saqueo de los pocos que aún conservaban sobre sí una moneda de algún valor o una joya digna de atención. Muchos de los cuerpos despedían regueros de sangre, víctimas de la crueldad brutal de los saqueadores, sin que nadie se ocupara de ellos, salvo para arrojar los cadáveres en los coches especiales de la policía que se dedicaban a la recogida de víctimas de la rapiña ajena, nunca frenada por las leyes de la ciudad sin ley.

Camino de la colosalista puerta de salida de la gran urbe del vicio, muchos vehículos de diversa naturaleza iniciaban el regreso a sus lugares de origen, tras gozar del millón de placeres que Alucinópolis prometía a sus visitantes. En la salida, el control policial de aduanas se ocupaba de revisar a los que partían, tras comprobar sus tarjetas de identificación oficial, expedidas única y exclusivamente por el Monopolio del Vicio Organizado.

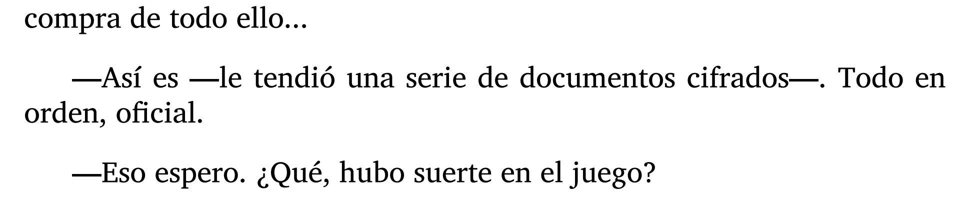
En la cola de visitantes en marcha, se hallaba una caravana formada por tres vehículos-oruga de aspecto exótico, como los que habitualmente utilizaban en sus visitas los pueblos agrícolas del Norte del planeta, llamados *polkis*. Un hombretón barbudo y medio ebrio en apariencia, esperaba pacientemente, ante los mandos de su vehículo deslizante, esperando el turno de paso por el control de salida.

—A ver, tú —dijo bruscamente un funcionario de uniforme rojo, situado en la puerta de la gran urbe—. Acércate.

Vuestra identificación, pronto. ¿Lleváis mercancías en los vehículos?

—Sí, oficial —afirmó el grandullón risueñamente, con una risotada, guiñándole el ojo—. Toda clase de mercancías: sedas, provisiones, licores… y hasta chicas.

—Eso está bien. Supongo que traerás en regla los papeles de



compra de todo ello...

—Así es —le tendió una serie de documentos cifrados—. Todo en orden, oficial.

—Eso espero. ¿Qué, hubo suerte en el juego?

—No lo perdimos todo, lo cual ya es bastante —aseguró el supuesto mercader, esperando confiadamente el visto bueno de sus credenciales en el fielato urbano—. Ahora nos gustaría partir cuanto antes. El viaje es largo, y el día demasiado caluroso. Vamos muy al Norte, cerca de los pantanos...

—Lo supongo. Veamos vuestros vehículos primero —dijo el oficial secamente, acercándose a los coches-oruga para revisar la mercancía autorizada.

El gigantón accionó un resorte de sus mandos. Se alzó la capota metálica del primer vehículo. Había allí cajas con el membrete de sus tiendas de origen, y sujetos a ellas los tarjetones metálicos con las cifras de control legal. Más al fondo, en una especie de cabina enjaulada, dos mujeres hermosas y desnudas parecían indiferentes a su suerte, como una mercancía más. También de sus muñecas colgaban unos tarjetones que el oficial aduanero examinó más de cerca, no sin ponderar cuidadosamente las curvas de aquellos cuerpos femeninos, seductores y sinuosos.

—Buena mercadería, rufián —rió el oficial, tras comprobar con su «lector automático» de control—. Vais a pasarlo bien en vuestro pueblo a partir de ahora, ¿no es cierto?

—Desde luego —el gigantón barbudo soltó una carcajada—. Cuando las agotemos, vendremos a por más. Esta ciudad es estupenda para encontrar lo mejor del mercado, palabra.

—Vale —dijo el otro funcionario—. Todo en regla. Podéis seguir viaje.

—Gracias, muchachos —el mercader echó a los empleados unas monedas de purísimo *argium*, y reanudó la marcha de los tres vehículos en caravana, saliendo de Alucinópolis sin más problemas, rumbo al norte del planeta.

Hasta mucho más tarde, cuando ya la ciudad se había perdido en la distancia a sus espaldas, el gigantón no se arrancó la falsa barba, con una risotada estruendosa, e hizo un gesto de burla.

—¡Lo logramos, amigos! —voceó—. ¡Hemos dejado atrás á esa

gentuza! ¡Creo que todos estamos a salvo, al menos por el momento... y lejos de esa apestosa y miserable ciudad!

Uno de los embalajes se hizo añicos cuando alguien lo desgarró desde dentro, saltando jubiloso al exterior. Yzard se mostraba radiante al abandonar su obligado encierro dentro del coche-oruga.

—¡Bravo, Gorgan! —felicitó a su gigantesco amigo—. Lo logramos. Ahora, lo más deprisa posible hacia las tierras de los pueblos *polkis*. Entre ellos, cuando menos, estaremos a salvo definitivamente... Eh, amigo Starr, ya puedes salir de tu encierro también.

Y desgarró otro paquete, dejando asomar a un cansado y nervioso Starr, que respiró hondo, al ver el cielo estrellado y la inmensidad de los yermos, lejos de las murallas de la ciudad del vicio. Abrazó a Yzard y al risueño Gorgan. Luego, miró a la jaula donde se hallaban las dos bellezas, una de pelo largo y azul, la otra de plateada y corta melena, ambas igualmente hermosas y seductoras, de cuerpo escultural y rostro turbador.

—Gracias a todos, amigos míos —murmuró Starr, emocionado—, Yzard, Gorgan, Zara, Livia... Todos hicisteis mucho por mí. La verdad es que no esperaba salir de esa ratonera de oro tan fácilmente.

—Nosotros tampoco, te lo confieso, amigo —rió de buena gana Gorgan—, Todo ha resultado mucho más sencillo de lo que creía.

—Quizás porque no creen que nadie se atreviera a abandonar la ciudad tan rápidamente, llevando consigo a un rebelde perseguido por toda la policía del Monopolio —sonrió Yzard—. Además, todo iba en regla. Las tarjetas de identificación y de control de mercancías estaban perfectamente falsificadas por un buen amigo nuestro, infiltrado en las oficinas de Ventas y Mercaderías. En fin, lo hemos conseguido, que es lo que cuenta. Ahora, amigo Starr, siéntate aquí con nosotros, dentro de uno de los coches que nos llevan al Norte, a las tierras agrícolas de mis leales amigos los *polkis*.

—¿Quiénes son, exactamente, esos *polkis*?

—Gente sencilla, campesinos y agricultores que afloran tiempos mejores, cuando la verdadera democracia comenzó, tras ser derribado el tiránico Rey Gyraak, el Bastardo, y su tiránica monarquía aplastada por el pueblo. Por desgracia, eso trajo consigo un gobierno que, con el tiempo, terminaría corrupto y envilecido, como es el del Presidente Ulahik. Ahora, el Presidente es una marioneta en manos de su Jefe de Seguridad del Estado, Dakron, alto dirigente también del Monopolio del Vicio, y auténtico dictador de este mundo de represión,

envilecimiento, delincuencia, vicio y sometimiento a reglas de un superorganismo mercantil que explota el vicio y la miseria humanas hasta límites monstruosos. Esos campesinos leales, sueñan con reintegrar de nuevo la auténtica libertad del pueblo, basada en el amor, la paz, la solidaridad humana y la nobleza de sentimientos de todos los pueblos libres.

—Creo entenderte —asintió Starr, sombrío—. Del mundo de donde yo llego, ocurrieron a veces cosas así. Por desgracia, allí todo terminó negativamente. Nadie escuchó la voz de los pueblos. Gobernantes tan indignos como los vuestros, terminaron por provocar el caos final, la destrucción definitiva.

—Entiendo —Yzard le miró, con gesto triste—. Eres el último de tu raza, ¿no?

—Así es. Un milagro me proyectó al espacio exterior. He viajado durante milenios. De mi mundo ya no queda ni el recuerdo. Nadie sabe que existió alguna vez, que pudo ser un gran lugar si los hombres hubieran querido…

—Los hombres, vivamos en el lugar del Universo donde vivamos, siempre cometemos parecidos errores —sentenció amargamente Yzard —, Ojalá lo sucedido en tu mundo fuese un ejemplo para todos. Pero me temo que haya sacrificios que no sirvan para nada, ni nadie tome nota de ellos.

—De algo estoy seguro —declaró Starr, mirando largamente a su nuevo amigo—. Si tú liegas a gobernar algún día en este planeta, sí recordarás bien lo que pasó en el mío una vez. Y de ello sacarás sabias consecuencias para los tuyos…

—Sueñas demasiado, Starr —rió Yzard—. ¿Yo, gobernar esto? No aspiro a tanto. Sólo a liberar a mi gente, a ver hundida esa ciudad odiosa y malvada…

—En mi planeta hubo una ciudad semejante. Se llamó Babilonia, y la maldición de Dios cayó sobre ella. Hubo otras ciudades semejantes, andando el tiempo: Sodoma, Gomorra, Roma, Pompeya… Y otras más, siglos después. Hasta que fue el planeta entero el que cometió la soberbia de creerse superior a Dios.

—Dios… —repitió Yzard roncamente—. ¿Así llamáis vosotros a… al Creador de todo?

—Sí, Yzard. El Creador. También nosotros le llamamos así. Le respetaron y temieron algunos. No todos. Y ahí estuvo el gran pecado

de la raza humana en mi planeta.

—Que El nos ayude ahora a que eso no se repita —sentenció gravemente el joven idealista, mirando emocionadamente a Starr—, Ahora, hablemos de otras cosas. Dime, Zara, ¿estás segura de haber hecho bien escapando de tu casa de Alucinópolis?

La hermosa mujer del pelo azul asintió gravemente. Sus verdes pupilas destellaron, al fijarse en Yzard y en Starr. Este la miró, con profundo interés.

—Tenia que hacerlo alguna vez —confesó tristemente—. No podía soportar esa vida.

—¿Por qué, entonces, te dedicabas a ella? —quiso saber Starr.

Zara rió. Fue la suya una carcajada sardónica, algo triste, casi patética. Miró a Livia, que sonrió, moviendo la cabeza.

—Se ve que no conoces nuestras normas de vida —dijo con pesar —. Una mujer joven sólo tiene dos caminos: o prostituirse por propia voluntad y disponer en cierto modo de su persona, o ser reclutada por los Centuriones Negros para los prostíbulos oficiales del Monopolio, donde se explotan hasta el agotamiento, de forma brutal, y luego se las arroja a la arena de un Circo del Placer, para espectáculos morbosos, de sangre y sexo, que terminan con la muerte de la victima elegida.

—Dios mío… —se estremeció Starr—. ¿Es posible tanto horror?

—No sabes ni lo más mínimo de la clase de pesadilla que vivimos las mujeres jóvenes y con algún atractivo en este planeta odioso —se lamentó Livia ahora, terciando tristemente en la conversación—. Yo misma soy libre ahora, porque Yzard mató a un vil mercader que me había comprado para sus aberraciones, y que me golpeaba y castigaba constantemente. Debo todo a Yzard: la vida y mi propia dignidad de mujer. Por él lo daría todo ahora, te lo aseguro.

—Empiezo a darme cuenta del lugar en que me encuentro —suspiró Starr, abatido—. Ahora, todos estamos embarcados en una misma empresa. Contad conmigo para todo. Seré vuestro más fiel aliado, creedme.

—Te creo, Starr —sonrió Yzard, afectuoso—. Tienes rostro noble y honrado. Eres de la clase de hombre que puede unirse a nosotros, lo supe en seguida. Háblame ahora de tu técnica de lucha. ¿Es tu única arma? No veo que lleves ninguna encima…

—Pues las llevo —se estremeció Starr instintivamente—. Pero créeme, preferiría no utilizarlas jamás…

Yzard miró pensativo a su nuevo amigo, con cierta sorpresa.

—No te comprendo —confesó—. ¿Qué quieres decir? ¿Tan terribles son esas armas tuyas, amigo?

—Mucho —dijo roncamente el terrestre—. Demasiado tal vez. Me proveyeron de ellas al abandonar la Tierra para siempre… y juré que no las utilizaría mientras no fuese absolutamente indispensable para salvar algo que valiera la pena. Algo muy superior a mi propia vida, Yzard… Y no me preguntes más. Te ruego que no lo hagas. Es mejor así, créeme. Te enseñaré mis técnicas de lucha a cuerpo limpio. A ti y a los tuyos. Pero nada más.

—Está bien —admitió Yzard, tras una pausa, clavando en él sus ojos profundos y de metálico brillo—. Tienes pleno derecho a guardar un secreto, amigo mío. No volveré a hacerte pregunta alguna al respecto.

Y se alejó, poniéndose a charlar con Gorgan, mientras la falsa caravana de mercaderes continuaba su camino hacia el norte, a través de los interminables yermos del planeta Ecstasix.

Livia también fue con ellos momentos después. Solamente Zara se sentó junto a Starr, y ambos cruzaron una mirada. Ella sonrió. El también.

—Me gustas —dijo Zara—. Me gustas mucho. ¿Te molesta que te lo diga?—No —negó Starr con rapidez—. No me molesta. Te debo mucho.

—No busco tu gratitud, sino tu afecto —se dolió la hermosa mujer.

—Lo tienes también —aseguró Starr, con un profundo suspiro—. Pero no me pidas que te ame, Zara. No podría olvidar cuál era tu oficio en esa maldita ciudad.

Ella pareció abofeteada. Miró con una mezcla de dolor y sorpresa a su interlocutor. Luego, dominando un sollozo sí alejó a un rincón del vehículo, encerrándose en un hosco mutismo del que ya no salió en todo el viaje.

Starr supo que había cometido un error. Pero también supo que ya era tarde para enmendarlo.

CAPITULO VII

Eran tierras muy distintas a lo que había conocido hasta entonces del planeta Ecstasix. El contraste resultaba tan profundo como desolador.

Tras los yermos, se extendían, durante millas y millas, tierras de labranza y aldeas dispersas. Pero en ellas, todo era triste, miserable, de una pobreza rayana en lo angustioso.

Chabolas paupérrimas, miserables casuchas de barro o de cañas, se alzaban en grupos reducidos, entre cultivos donde los hombres trabajaban duramente, sudorosos bajo el resplandor del sol escarlata de aquel mundo durante el día, hasta que las frías y estrelladas noches les forzaban a cobijarse en sus pobres viviendas, a reponer fuerzas frugalmente y a descansar luego, mientras la escarcha de las duras heladas blanqueaba cristalinamente los campos agrícolas.

Starr comprendió entonces la tremenda y desoladora injusticia de aquel aparente mundo de esplendor, riqueza y lujuriantes placeres. Existían dos caras de una misma moneda. Por un lado el lujo fastuoso y corrupto de la gran urbe. Por el otro, la existencia triste y mísera de los campesinos y gentes trabajadoras de las grandes tierras de labranza. Como acostumbraba a ocurrir siempre en todos los mundos conocidos, la máscara de oro del lujo no hacía sino encubrir las injusticias y las indignidades para con las clases menos favorecidas.

Sin embargo, aquellas sencillas y rudas gentes eran todo lo contrario de la perversa y degenerada sociedad que pululaba a millones por las arterias urbanas de Alucinópolis. Gentes toscas, tristes y cansadas, pero tremendamente hospitalarias y acogedoras, eran capaces de sacrificarse en todo lo poco que poseían, para ayudar a otros. Starr pronto advirtió que, para aquellos desheredados de la fortuna, golpeados implacablemente por un sistema injusto y cruel, la figura del joven idealista, Yzard, era como la luz que les guiaba en las tinieblas, la esperanza viva que les mantenía con fuerzas y con una fe en un futuro mejor. Le recibían como a un caudillo, y como a tal lo trataban, desviviéndose por hacerle grata la estancia, no sólo al propio Yzard, sino también a sus compañeros de peripecia.

Ante una mesa bien provista de quesos, moreno pan de la tierra, y jarras de excelente y fuerte vino, Starr oyó conversar a sus nuevos amigos agricultores, cuyas palabras destilaban confianza y fe en Yzard

y en la llegada de un día en que Ecstasix se liberase de sus verdugos actuales, para ser el mundo de igualdad, de amor y de justicia que todos anhelaban desde lo más profundo de sus corazones.

—Aquí podéis ocultaros cuanto queráis, que nadie va a dar con vosotros —decía Loff, el patriarca de los agricultores, con su fuerte y enérgica voz—. Sólo pasan de vez en cuando los miserables recaudadores de impuestos, rapiñando lo poco que conseguimos de nuestros productos en los mercados, y ésos sólo se preocupan de despojarnos de cuanto aquí haya de valor, sin analizar más. Lo peor es si aparecen por estos lugares los likurs.

—¿Los likurs? —repitió Starr, perplejo—. ¿Quiénes son ésos?

—Mercenarios de la Federación —terció Yzard suavemente—. Auténticos profesionales de la milicia, brutales y despiadados, que forman un cuerpo especial represivo, encargado de buscar proscritos o patriotas allí donde se esconden. Están muy bien entrenados, son disciplinados, violentos y crueles como pocos. Ellos se ocupan de patrullar en las zonas rurales, del mismo modo que los siniestros Centuriones Negros lo hacen en la ciudad.

—Entiendo —asintió Starr—. ¿Aparecen a menudo por aquí?

—No, ni mucho menos —negó el noble Loff—. Pero tienen un olfato especial, un raro instinto para intuir cuándo hay alguien cerca que puede ser objeto de sus iras. No me sorprendería que pronto apareciesen por aquí, buscando a todos vosotros. A estas horas ya deben sospechar las autoridades que habéis podido escapar de la ciudad. Y removerán este planeta entero, si es preciso, para dar con vosotros.

—¿Qué sucederá, si esos mercenarios aparecen por aquí? —se interesó Starr.

—Nada, si lo advertimos a tiempo —sonrió el viejo agricultor—, Tenemos refugios horadados en la tierra, escondrijos que ellos nunca encontrarían por mucho que buscasen. Pero aun así, tememos su aparición, porque muchas veces no se contentan con buscar forajidos o proscritos, sino que saquean nuestras míseras viviendas, e incluso violan a nuestras mujeres e hijas.

—Miserables… —jadeó Starr, rechinando sus dientes con fría ira.

—Calma, amigo —le trató de serenar Yzard, poniendo una firme mano en su brazo—. Estamos habituados a sufrir esa clase de violencias y humillaciones, aquí en Ecstasix. De nada sirve la simple

rebeldía. Como ves, estamos en total inferioridad respecto al poder político. Sólo somos ciudadanos, gente sencilla que luchamos en la sombra, sin medios para ello virtualmente. Únicamente la seguridad de que un día se hará justicia, de que la corrupción se hundirá por sí sola y el pueblo será al fin el auténtico dueño de sus destinos, sin mentiras ni engaños, nos mantiene vivos y confiados.

—De todos modos, no os vendría mal tener armas, medios —dijo Starr, pensativo.

—Oh, claro que no —suspiró Loff, asintiendo con su canosa cabeza —. ¿Qué más quisiéramos que disponer de esas armas, que tener en nuestras manos cuando menos una baza, por desesperada que fuese, para materializar nuestro afán de rebelión y de lucha? Pero esas armas no existen. Sólo ellos, los que nos dominan y tiranizan, poseen toda clase de elementos destructivos, hombre de otras tierras.

—Si yo me atreviese a… —comenzó Starr, mordiéndose el labio, profundamente pensativo.

—¿A qué, hermano? —quiso saber Yzard, mirándole con fijeza, repentinamente interesado.

—No, nada —rechazó con viveza Starr—. Olvídalo, Yzard. Era sólo un pensamiento y nada más…

—Ya —Yzard siguió escudriñándole en silencio. Luego respiró con fuerza y desvió su mirada hacia Loff—. ¿Podemos, entonces, alojarnos aquí los cinco por el momento? Creo que sería peligroso intentar volver ahora a la ciudad…

—Mi querido hermano Yzard, sabes que puedes contar con nosotros hasta la muerte —sentenció con decisión el agricultor, mirándole con afecto profundo—. Aquí os podéis quedar los cinco cuanto queráis. Nosotros os protegemos. Venid, hay un buen refugio en las tierras de mi vecino. Es una especie de galería subterránea, a la que se desciende por el pozo. Nadie daría con ella jamás, te lo aseguro. Ni siquiera los astutos *likurs*.

Salieron de la casa. Oscurecía ya, las estrellas comenzaban a parpadear, arracimadas en fantásticas y cercanas constelaciones azules, que maravillaban a personas como Starr, ajenas a aquel mundo y sus contornos. El frío sutil de la noche empezaba a dejarse sentir ya en las tierras, abandonadas por sus trabajadores hasta el nuevo dia.

Cruzaron las tierras cultivadas, hasta una cercana choza, cuyo propietario, en compañía de dos de sus jóvenes hijas y de una mujer

canosa, de aspecto cansado, salieron presurosos a atender a Loff y a sus huéspedes. Con todo entusiasmo, asintieron, guiándoles a un amplio pozo del que se extraía el agua para los cultivos. Era de ancha boca y aparentemente muy profundo, juzgó Starr al asomarse. Un recio cable se cuidaba de subir el agua a la superficie cuando era requerida.

—No veo modo de descender ahí —comentó el terrestre—, Los muros del pozo parecen totalmente lisos...

Loff rió, y su risa fue coreada por su vecino y las mujeres. —Eso es lo bueno de este escondrijo, amigo —explicó el viejo agricultor—. Mira qué sencillo resulta, sin embargo. Arrancó dos pesados ladrillos del borde del pozo. Lo señaló, mientras presionaba una moldura.

—Fijaos bien en lo que ocurre ahora —indicó gravemente. Starr escudriñó las lisas paredes del pozo. A la presión de Loff, por una de las mismas emergieron unos peldaños metálicos, incrustados hasta entonces de modo invisible en el muro circular. Se perdían en el negro abismo a cuyo fondo se percibía el rumor del agua.

—Descended —dijo—. Al vigésimo peldaño, veréis una abertura lateral en la pared del pozo. Os bastará para entrar uno a uno sin dificultades. Esa abertura os conducirá directamente a un compartimento subterráneo donde hay alimentos, agua y una luz que, desde luego, no debéis encender salvo en momentos en que no existe riesgo alguno. Ni el más luminoso día, el sol permite vislumbrar ahí abajo la existencia de la abertura, oculta por un saliente del pozo.

—Parece un buen lugar, en efecto —asintió Yzard, pensativo—. Ya ves cuál es nuestro destino actual, Starr: vivir ocultos, en madrigueras, como ratas. Espero que alguna vez esto termine y podamos salir triunfantes a la luz.

—Sí, yo también lo espero —asintió Starr, ceñudo.

Iban a iniciar el descenso, cuando una especie de cuerno de caza resonó en la distancia. Starr se irguió, escuchando su sonido, repetido tres veces espaciadamente. Vio el gesto de Loff y los suyos. Todos habían palidecido y se miraban entre sí, preocupados y tensos.

—¿Qué es eso? —jadeó el terrestre.

—¡Los *likurs*! —gritó roncamente Loff—. Nuestra gente nos avisa de su presencia. No pueden estar lejos. Son tres toques de cuerno. Significa proximidad. Y peligro.

Sonaron otros dos toques de cuerno. Loff arqueó las cejas, sorprendido, cruzando su mirada con Yzard, que también parecía perplejo.

—Eso significa que los *likurs* no vienen a por nosotros —silabeó—. Persiguen a alguien.

—¿A nosotros? —sugirió Zara, abrazada en este momento a la platinada Livia.

—No, a vosotros no —rechazó Loff—. Persiguen a alguien que viene hacia acá... No logro entenderlo...

—Sea quien sea, tenemos que ayudarle —susurró Yzard—. Si cae en poder de los *likurs,* será persona muerta, sin duda alguna.

—Eso me temo. Pero ignoramos incluso quién pueda ser... —apuntó Loff, receloso como buen hombre de campo.

—No importa. Siendo un perseguido de los *likurs* tiene que ser un amigo —declaró noblemente Yzard—. No podemos ocultarnos sin saber quién es y tratar de ayudarle, compréndelo...

—Te entiendo, Yzard —sonrió Loff—. Eres la nobleza personificada. Está bien, veamos lo que se puede hacer... Apostémonos cerca del bosquecillo. Si el perseguido viene a tiempo, podrá ser escondido aquí, como vosotros. Pero no garantizo nada. Todo depende del terreno que pueda llevar de ventaja a esos malditos mercenarios...

Asintió Yzard. Pronto empuñaron todos armas tan sencillas y arcaicas como viejas espadas, ocultas hasta entonces en los pajares o cobertizos, hoces y hachas, como todo armamento contra el indudable poder militar de unos profesionales.

Starr meneó negativamente la cabeza cuando le tendieron una afilada hoz.

—No, gracias —rechazó—. No me gustan las armas. Tengo mis manos y pies para luchar.

—¿Crees que eso bastará para enfrentarte a los likurs, armados hasta los dientes y provistos de corazas especiales? —dudó Loff, perplejo,

—Deja a mi amigo que haga las cosas a su modo —sonrió Yzard—. Con sus solas manos y pies mató a dos rufianes en Alucinópolis, y destrozó el brazo de un Centurión Negro. Tiene una técnica especial de lucha que nosotros no dominamos...

Loff se encogió de hombros, aceptando la sugerencia, y todos agrupados se encaminaron a un cercano bosquecillo de dorados árboles, dejando a las mujeres en sus chozas, rezando a los dioses de Deliria por una solución pacífica de las circunstancias.

El grupo de agricultores y los tres proscritos se detuvieron en los límites del bosque. El cuerno sonó de nuevo, allá en la oscuridad. Loff tradujo la llamada:

—El fugitivo está cerca de nosotros. Creo que es uno solo y lleva una cierta ventaja a la patrulla *likur*. Tal vez podamos ayudarle sin demasiados problemas...

Momentos más tarde, una presencia humana se hacía tangible allá, ante ellos, en lo profundo del bosque. Unas pisadas ágiles, rápidas, hollaron la hojarasca, con suave crujido.

Más lejano, llegó una especie de bramido sordo, y un retemblar de metálicos choques. Loff se mostró alarmado:

—Esos son los *likurs*. Sus monturas son bestias salvajes de las cumbres, mezcla de caballos y aves. Poseen alas, pero el frío de la noche y la escarcha les dificulta el vuelo a estas horas, y se limitan a galopar ferozmente. Sus corazas y armas producen ese metálico sonido...

Starr se sintió impresionado a su pesar. Centró los ojos dificultosamente en la oscuridad. El reflejo de las estrellas mostró la silueta humana, que corría hacia ellos, agazapada, dirigiendo frecuentes miradas hacia atrás. Ya estaba muy próximo a su emplazamiento.

—¡Por aquí! —gritó roncamente Loff—. ¡Eh, quienquiera que seas, si quieres salvar tu pellejo de la furia asesina de los likurs, ven por aquí, y pronto!

El fugitivo se paró en seco, indeciso. Escuchó aquellas palabras. Pareció dudar un momento. Pero fue sólo eso: un momento. Luego, se ve que espoleado por la gravedad de su situación, se precipitó veloz hacia ellos. Momentos después, se detenía jadeante en su presencia. La luz de las estrellas era débil aún, y sólo permitió descubrir el brillo sudoroso de sus poderosos músculos y el oscuro ropaje tosco en que se envolvía.

—Esos cerdos mataron a mi montura —explicó sordamente, con palabras breves y secas—. Estaban a punto de cazarme. Son al menos una docena...

—¡Deja de hablar y ven pronto! —jadeó Yzard, tirándole del brazo con energía—. Seas quien seas, estás en peligro de muerte.

—Estarán aquí en menos de lo previsto —avisó Loff—. Es mejor que corráis al pozo cuanto antes. Nosotros les entretendremos lo más posible, una vez lleguen a nuestras casas...

Corrieron los tres, llevando consigo al desconocido. El bramido de las monturas aladas de los *likurs* era cada vez más cercano e intenso. El suelo retemblaba bajo el redoble de sus pezuñas. Se reunieron con Zara y Livia en las chozas. Ya juntos los seis, iniciaron el descenso al pozo. En silencio, sin perder inútilmente el tiempo, el desconocido se apresuró a reunirse con ellos. Fuese quien fuese, tenía sin duda un gran sentido práctico y sabía que su situación en esos momentos no era la más adecuada para entretenerse haciendo preguntas.

Momentos más tarde, todos ellos estaban dentro de la galería subterránea, lejos del alcance de los *likurs*. Desde arriba, Loff había vuelto a encajar la escala metálica en el muro, sin dejar rastro del camino seguido.

—Bien. Creo que estamos a salvo por el momento —aseguró Gorgan, el gigantón, resoplando tras la carrera—. Tú eres forastero en Ecstasix, ¿verdad, amigo?

El interrogado era el fugitivo de los *likurs*. Este asintió en la sombra con firmeza.

—Sí, lo soy —afirmó el interpelado con brevedad—. Procedo de otro planeta. Llegué aquí por azar. ¿Quiénes sois vosotros?

—Amigos de quienes son enemigos de los *likurs* —dijo Yzard—. Estos son Gorgan, Zara, Livia, Starr, un camarada que también procede de un lejano planeta. Mi nombre es Yzard, y lucho por la libertad de este pueblo sometido. ¿Cuál es tu nombre, extranjero?

El desconocido respondió brevemente:

—Yakk.

Y nadie pudo ver, en la oscuridad del escondrijo, la fría, maligna sonrisa, que el Ejecutor 111, el asesino llegado del Meteoro de la Muerte con el encargo de asesinar a Yzard el patriota, acogió su feliz contacto con el hombre a quien tenía que exterminar.

Evidentemente, Yakk, el asesino, había conseguido su objetivo con suma facilidad. Ahora sólo le quedaba matar...

CAPITULO VIII

Fueron los momentos más largos y angustiosos de toda su vida.

Starr no podía moverse del refugio subterráneo. Nadie podía hacerlo. Pero él, como los demás, oía los gritos, alaridos y ruidos allá en el exterior, producidos sin duda por la llegada de la temida patrulla *likur*.

Yzard, lívido, se paseaba impaciente por el corredor subterráneo. Gorgan hacía crujir los nudillos de sus fuertes manos. Sólo Yakk, el desconocido, permanecía frío e indiferente ante todo aquello.

—¿Qué está ocurriendo arriba? —musitó Livia en cierto momento, inquieta.

—No lo sé. Y por Dios que daría algo por estar allí ahora —jadeó Yzard—. Pero esa escala no saldrá de nuevo hasta que la accionen ellos desde arriba. Estamos obligados a permanecer aquí, ocurra lo que ocurra fuera.

—No creo que resolviéramos nada intentando salir —apuntó sombríamente Starr—. Si esa gente es tan fiera y violenta como decís, y van tan bien pertrechados para la lucha, seríamos fácil presa de ellos en un momento. Es preciso esperar, por angustioso que resulte...Yzard aceptó de mala gana la lógica de Starr. La tensa espera prosiguió, salpicada por los gritos y voces de angustia allá fuera. Luego, de repente, el suelo pareció temblar de nuevo. Un resplandor rojizo penetró hasta el mismo fondo del pozo.

Transcurrió cierto tiempo hasta que un silbido sonó allá arriba, y chirriaron los peldaños metálicos, emergiendo de la lisa piedra de los muros del pozo. Rápidamente, Yzard y Starr subieron a la superficie, seguidos por Gorgan, las dos mujeres y el impasible Yakk.

El espectáculo que se ofrecía a sus ojos era dantesco, desolador.

Todas las chozas cercanas ardían, pasto de las llamas, llenando de roja luz la fría noche de Ecstasix. A la puerta de la llameante vivienda del vecino de Loff, yacía sin vida la mujer de edad avanzada, y no lejos de ella, desnudas y ensangrentadas, las dos hijas jóvenes sollozaban, acurrucadas la una contra la otra.

Loff, pálido, demudado, con señales de golpes y heridas en su rostro y cuerpo, se tambaleaba ligeramente. Yzard le aferró,

demudado.

—¿Qué significa esto?1 —rugió el joven—. ¿Qué han hecho esos canallas, Loff?

—Ya lo ves por ti mismo, hermano Yzard —suspiró tristemente Loff—. Mataron a la mujer de Ork, mi vecino. Violaron a sus hijas. Han matado a dos vecinos más. Han incendiado todas las casas y se han llevado nuestras escasas pertenencias, malditos sean esos mercenarios del demonio...

Y un sollozo amargo quebró su voz de curtido y rudo anciano habituado a luchar duramente con la tierra, pero no con la maldad de los hombres.

Yzard se dejó caer de rodillas ante las viviendas encendidas, rugiendo entre dientes una plegaria que era casi una maldición y un juramento de venganza. Starr, lívido, contempló el cuerpo de la infortunada mujer, degollada de un tajo brutal, y luego cubrió piadosamente a las dos muchachas con su propio manto de gruesa lana, ganándose una trémula mirada de gratitud de ambas.

—Malditos... ¡malditos! —jadeó el terrestre, descompuesto, golpeando con sus puños el brocal del pozo que, para pasmo de los presentes, crujió y se resquebrajó, pese a ser de dura piedra, bajo los simples impactos de aquellas manos férreas y poderosas.

Los campesinos le miraron, asombrados. Yakk pestañeó, alterando por vez primera su impasibilidad habitual, y estudió con renovado interés al joven terrestre, como si le sorprendiese extraordinariamente el insólito poder destructor de aquellas manos de apariencia normal.

Pero nada dijo, permaneciendo mudo y como distante de todo aquello. Starr silabeó entre dientes, ganándose una rápida mirada de Yzard:

—Dios mío, Dios mío... Esto no es justo. ¡No es justo! Esos canallas... Si yo fuese capaz... si tuviera fuerzas suficientes para... Pero no, Señor, no debo hacerlo. Juré no hacerlo jamás, a menos que...

Se mordió el labio, dejando de murmurar palabras crispadas. Yzard le seguía contemplando, como si se preguntara qué ocultaban esos murmullos, qué secreto interior torturaba a su amigo de otro lejano planeta en estos momentos.

—Esos asesinos no volverán ya —dijo Loff amargamente—, Están seguros de que vimos pasar al fugitivo y no les informamos a ellos.

Pero partieron en su busca y no creo que regresen ya...

—Lamento haberles causado todo este daño —dijo al fin Yakk, sin emoción en su voz ni en su gesto.

—Ellos hubieran obrado igual aun sin estar tú por medio, extranjero —musitó Loff con dolor—. Esa es su forma de actuar siempre...

—Cabalgaban hacia la ciudad, a lo que veo —señaló Gorgan, rabioso—. Si pudiera ir tras ellos y aplastarles el cráneo, malditos salvajes...

—Nadie puede hacer tal cosa —rechazó Yzard—, Mantengamos la serenidad o caeremos también víctimas de esos verdugos implacables, amigos, Ya nada podemos hacer, desgraciadamente, por devolver la vida a esas personas asesinadas, la dignidad a esas muchachas ultrajadas o la normalidad a estas familias expoliadas, cuyos hogares arden ahora. Sólo en hacer justicia, y pronto, debemos cifrar nuestros propósitos. Los *likurs* se habrán dirigido ahora a la ciudad porque, además de buscar al fugitivo, querrán disfrutar mañana de la Noche de Ramagh.

—¿De... qué? —quiso saber Starr.

—La Noche de Ramagh —explicó Yzard—, Es la efemérides que conmemora la Constitución de Deliria, creada por el noble y heroico Presidente Ramagh, primer demócrata del Sistema, que abatió a la Corona, personificada en el malvado y bastardo rey Gyraak. Pero posteriormente, gentes traidoras a esa democracia auténtica, como el Consejero Ulahik y el Ministro Dakron, provocaron la muerte de Ramagh, envenenándole y fingiendo una dolencia mortal, para que la Federación de la Galaxia cayese en sus manos. Dakron creó el Monopolio del Vicio, y rige los destinos del planeta desde la sombra, manipulando a su antojo al débil y torpe Ulahik, actual Presidente de nuestro Gobierno. Pues bien, mañana se sigue engañando al pueblo con la llamada Noche de Ramagh, para hacer creer que las libertades constitucionales perviven, cuando todos sabemos que no es así, y en esa noche, el Gobierno crea importantes festejos y recepciones de gala en Alucinópolis y, sobre todo, en el Palacio del Gobierno, y sus fieles servidores son premiados generosamente por el poder.

—La Noche de Ramagh... —repitió Gorgan—. Buen momento sería ése para devolver al pueblo sus libertades...

—Es lo que vamos a intentar —dijo Yzard bruscamente.

—¿Qué? —le miró vivamente Gorgan, con asombro.

—Está decidido. Mañana será el día. Convocaremos la rebelión total contra el poder. El pueblo se levantará contra sus tiranos. Entonces, o nunca.

—¿No será una locura? —dudó Loff—. Si fracasa, resultará un terrorífico baño de sangre... y mayor esclavitud para todos.

—El baño de sangre lo habrá igualmente —aseveró Yzard—. Muchos seremos los que moriremos en el empeño, no te quepa duda, Loff. Pero debemos arriesgar nuestra vida por fin, de una vez por todas. Y evitar que las cosas sigan igual. Si esos millones de depravados y canallas que viven y medran en Alucinópolis muriesen, su sangre sería cuando menos beneficiosa para nuestra liberación, pero eso por desgracia no es posible, y seremos nosotros, los idealistas, los rebeldes, quienes paguemos el obligado y generoso tributo de sangre que la lucha por la libertad auténtica nos exige.

—Estoy contigo, Yzard —dijo Gorgan, enérgico.

—Y yo —aseguró Livia, abrazándose a él espontáneamente.

—Cuenta conmigo también, Yzard —se ofreció Zara, decidida.

—Gracias, amigos todos —sonrió Yzard—. Sabía que lo haríais.

—Nosotros también estaremos —aseguró Loff—. Iremos hasta el último hombre, a las puertas de Alucinópolis, y asaltaremos la ciudad cuando tú digas.

—Es una locura, Yzard. Pero estaré a tu lado —prometió Starr, sombrío—. No voy a dejarte ahora, amigo, después de cuanto has hecho por mí.

—Tú no eres de este mundo, Starr —respondió Yzard yendo hacia él—. No tienes por qué sacrificarte en vano por una causa que no es la tuya, por un pueblo al que no perteneces...

—Escucha, Yzard. Ya no existe mi propio mundo. Soy un paria del Universo, y aquí he encontrado amigos, ayuda, comprensión... Para mí, éste es ahora mi mundo, y voy a luchar por él hasta mi último aliento.

—Gracias, amigo —Yzard le abrazó, emocionado—. Gracias de todo corazón.

—Contad también conmigo —se ofreció Yakk fríamente—. Soy de

los vuestros desde el momento en que salvasteis mi vida.

—Bien —los ojos del joven idealista brillaron—. Entonces, será mañana por la noche, recordadlo. Que cada voz de Ecstasix sea un eco de la convocatoria decisiva a la lucha, Loff. Que vuestros cuernos transmitan la orden de ataque. Yo volveré a la ciudad para disponerlo todo.

—¿No es arriesgar demasiado? —objetó Starr.

—Tengo que ir. Es imprescindible. No temas, que nadie me descubrirá.

—Yo te acompaño —se ofreció Yakk—. Te protegeré de todo mal.

—No. Iré solo —rechazó Yzard—. Vosotros os reuniréis conmigo al oscurecer, donde yo os indique... y comenzará el ataque decisivo.

* * *

Era un día grande para Alucinópolis.

Sus garitos, lupanares y centros del vicio obsequiaban a sus clientes y visitantes con ofrecimientos gratuitos de mujeres, droga, alcohol o fichas de juego, como conmemoración de la Noche de Ramagh. Corría por doquier el licor, el dinero y la alegría, formando parte de la atmósfera delirante de aquella urbe destinada a ser templo perenne del pecado.

Arriba, en la colina que dominaba la macrociudad, brillaban las luces del festejo en los jardines y edificios del suntuoso Palacio del Gobierno, rodeado por tropas leales a toda prueba y cuerpos de Seguridad de todo tipo. La gran mascarada de la conmemoración oficial iba a tener lugar en breve, con recepciones y homenajes, mientras abajo la gran urbe ardía en resplandores irisados y en riadas de multitudes ávidas de placeres.

Esa noche, Gobierno, Senado y Legisladores se reunían en los salones y jardines para escuchar el discurso del Presidente Ulahik y para gozar de una efemérides cuyo espíritu todos traicionaban a sabiendas en aquella farsa sangrienta.

Por las calles de Alucinópolis, en voz baja entre ciertas personas, sólo un rumor corría de boca en boca, en voz muy baja, confidencial y secreta:

—Hoy es la noche. Hoy atacará Yzard. Hoy o nunca... Es la noche

de la libertad o de la muerte…

Y así, de oído en oído, de boca en boca, la consigna iba llegando a todos los que, llegado el momento, tendrían que arriesgar su vida en un desesperado intento por restablecer en Ecstasix la auténtica libertad para los hombres.

Pero lo cierto es que nadie sabía cómo se iba a poder derribar el monolítico poder representado por los gobernantes actuales y su tiránico sistema de control de los demás. Únicamente había una esperanza. Y nada más.

Una esperanza era poca cosa, para el riesgo en que iban a jugarse tantas y tantas vidas humanas. Pero todos sabían que era necesario, al menos una vez, intentarlo todo, jugarse la piel en ello, arrostrarlo todo a una carta.

Y la ciudad esperaba, agazapada y tensa, bajo el oropel deslumbrante de su noche jubilosa y erótica, eí momento de la verdad, del riesgo supremo…

* * *

Yakk recibió la orden en las terminales de su circuito electrónico, acoplado a su frío cerebro de asesino profesional: —Ejecuta sentencia sin dilación. Yzard debe morir antes del levantamiento.

Yakk asintió sin emoción alguna. Acababa de transmitir al Meteoro Asesino el informe de lo que se planeaba en Ecstasix para aquella noche. Los Señores de la Muerte le transmitían de inmediato sus instrucciones precisas. Y él iba a cumplirlas, porque ése era su destino, su misión por encima de todo.

Yakk dispuso las cosas fríamente. Estaba con Yzard, Starr, Gorgan y las dos mujeres, ocultos todos en un edificio de Alucinópolis. Entrar en la ciudad no había sido tan difícil como podía parecer, gracias a los leales con que contaba el joven idealista dentro de sus muros. Tampoco disponer de un refugio como cuartel general, hasta la hora del ataque, disponiendo los detalles del levantamiento nocturno.

Su propio riesgo importaba poco. Si encontraba la muerte allí, le era indiferente. Su misión era matar, y mataría. Luego; intentaría evadirse. Pero si no lo conseguía, le tenía sin cuidado. Su mentalidad estaba amoldada para ese modo de pensar, era como una helada máquina sin emociones ni sentimientos, sin miedos ni recelos.

—He logrado transmitir la información del ataque a nuestros

únicos aliados dentro del Palacio del Gobierno —explicó Yzard—. Se trata del Senador Krowaq, el Patriarca Legislador Ghor, y mi tío, el Senador Rubbesh. Ellos se ocuparán de reclutar dentro del palacio a los únicos leales con que contemos, soldados o políticos, capaces de ponerse a nuestro lado en el momento supremo.

—¿Son de toda confianza? —objetó Starr, pensativo.

—Absoluta, sí. Mi tío no es que tenga demasiado entusiasmo por apoyar el movimiento de rebelión, por miedo a un fracaso, pero después de todo es de mi propia sangre y es un auténtico demócrata, fiel al pensamiento del difunto Presidente Ramagh. Cuento con él incondicionalmente.

Yakk sonrió con frialdad. Su fría mente ordenada y bien provista de datos, le dijo en ese momento que Yzard cometía un error, un trágico error en su ciega fe en ciertos hombres.

El sabía bien quién era el que pagaba una fortuna al Meteoro del Crimen, para ver muerto a Yzard a manos de un profesional. Yakk, el Ejecutor 111, sabía que su cliente era el propio Senador Rubbesh, el tío de Yzard.

Quería ver muerto a su sobrino para no correr riesgos en su privilegiada posición, entre otras cosas porque el astuto Dakron, el Jefe de Seguridad del Estado y, a la vez, amo del vicio organizado, le había prometido ya veladamente el puesto de Presidente del Gobierno en breve plazo, para suplir al estúpido Ulahik.

Yzard era el único que podía perjudicar su carrera política y su futuro. Y el Senador Rubbesh no había vacilado en contratar los servicios de un asesino programado para deshacerse de su peligroso sobrino, el idealista.

Pero eso, naturalmente, no lo sabía el propio Yzard, ni siquiera podía sospecharlo remotamente…

Instantes más tarde, Yzard ponía en bandeja de plata a su mortal adversario, sin él saberlo, la ofrenda de su propia vida.

Se volvió a Yakk y le expuso, con sencillez:

—Yakk, amigo, tú eres un perfecto desconocido para los agentes de Seguridad de Dakron en esta ciudad. Por tanto, creo que serás el más idóneo para acompañarme a cierto lugar en el que debo dar las últimas instrucciones a los hombres armados que se preparan para el ataque.

—Como quieras, Yzard —aprobó, monótona, la voz de Yakk—. Pero tú sí eres bien conocido aquí...

—No temas —sonrió Yzard—. Iré disfrazado y con un documento de identificación falso. No nos ocurrirá nada. Starr, tú y Gorgan ocupaos de todo lo demás hasta nuestro regreso.

—Conforme —asintió Starr, con aire ausente—, Pero no corráis riesgos inútiles.

Yzard se transformó con presteza, gracias a una máscara de materia plástica moldeable, una peluca y unas lentillas, en un hombre radicalmente distinto al que era. Se envolvió en ropas oscuras y se encaminó a la salida. Parecía un hombre de mediana edad y aspecto cansado, que nadie podría relacionar con Yzard, el joven rebelde. Yakk se alejó con él, hacia el exterior, mezclándose prestamente ambos entre la constante multitud que llenaba las calles de la ciudad, especialmente ahora, en que faltaba poco para el atardecer, y todo se convertía en una rutilante sinfonía de luces, colores, músicas y ruidos.

Ambos hombres avanzaron resueltamente en busca de calles menos frecuentadas. En dos ocasiones tuvieron que presentar sus tarjetas de identificación en postes de control electrónico, cuyas luces parpadeantes señalaban a los transeúntes la necesidad ineludible de identificarse. Quien se saltaba uno de esos controles, era prestamente arrestado por alguna patrulla de Centuriones Negros.

Llegaron a un pasaje desierto, que discurría entre dos altos edificios de enormes rótulos luminosos, donde se anunciaban orgías de todo tipo. Yakk miró de soslayo a su acompañante.

—Espera un momento, Yzard —dijo, parándose junto al alto muro, en un lado del desierto pasaje.

—¿Sí? —el joven se volvió a él, sorprendido—. No debemos entretenernos, Yakk. El tiempo se nos echa encima y permanecer en las calles es peligroso, incluso disfrazado y con falsa identificación.

—No importa eso ahora, Yzard. No iremos más lejos tú y yo.

—¿Qué quieres decir con eso? —el joven arrugó el ceño, desorientado.

—Lo siento, Yzard. Me ayudaste, pero yo no puedo hacerlo ahora —silabeó heladamente Yakk—, Estoy programado para matar. No puedo tener emociones ni gratitud hacia nadie.

—¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso. Mi mente es fría y lúcida, Yzard. Mi misión consiste en matarte. Me enviaron para eso desde el Meteoro Asesino.

—Esto no tiene sentido, Yakk. ¿Quién iba a pagarte para maniatarme a mí? —dudó Yzard empezando a ponderar seriamente la situación.

—Tu tío el Senador Rubbesh. El pagó para que te matáramos.

—¡Tío Rubbesh! ¡Imposible! —se horrorizó Yzard.

—Créelo. No tengo ningún interés en mentirte. Te lo digo porque vas a morir y te llevarás el secreto a la tumba —sonrió, encañonándolo con aquel tubo cristalino que vomitaba la muerte y la desintegración inmediata—. El va a ser nombrado Presidente y no desea ver hundida su carrera política y sus ambiciones por tu idealismo. Ahora, Yzard, morirás. No vas a sufrir. No soy cruel. Sólo cumplo con una misión.

Y su dedo se movió hacia el resorte de muerte.

CAPITULO IX

Yzard supo que no había posible evasión a la muerte. Que había caído estúpidamente en una trampa morta! insospechada. Y que, además, muerto él, su movimiento libertador fracasaría, puesto que el Senador Rubbesh informaría al Gobierno y a las fuerzas de Seguridad del Estado, que esperarían alerta el ataque, para triturar sin piedad a los confiados asaltantes...

Por eso cuando la sombra fulgurante apareció tras de Yakk, vertiginosa, Yzard casi no podía dar crédito a sus ojos...

Esa sombra se materializó en un ser humano que, vertiginoso, rápido como una centella, había surgido a espaldas del asesino, como llovido del cielo. Y que cuando éste, movido por su astucia e intuición agudísimas, se volvió hacía él, sospechando su presencia, ya era tarde para evitar lo que se le venía encima.

Starr, el joven terrestre, cayó sobre Yakk como un rayo. Este quiso disparar su arma y lanzó un grito ronco de ira. Starr le golpeó secamente, una sola vez, con su brazo extendido, martilleando sus dedos rígidos en el cráneo de Yakk.

El asesino sintió como una llamarada en su cerebro. Aquel simple contacto de los dedos de Starr, rozando su nuca, fue suficiente. La masa encefálica pareció estallar, los electrodos de su terminal electrónica saltaron en pedazos, y la negra nube de la muerte se extendió sobre el Ejecutor 111, que se desplomó a pies de su agresor, sin tiempo material para disparar su arma, con el cerebro destrozado.

—Dios mío... —jadeó Yzard, lívido, mirando con asombro a su amigo—. ¿Qué ha ocurrido para que tú aparecieras tan oportunamente aquí?

—No me fiaba de ese tipo —dijo el terrestre sordamente, mirando el cuerpo sin vida del asesino—. Desde un principio no me gustó lo más mínimo. Era demasiado insensible, demasiado deshumanizado... Había algo anormal en él. Decidí seguiros, por si sucedía algo. Y me alegro de ello.

—Le has matado, Starr...

—Sí. Es el poder que tengo. Mis manos y pies pueden matar por simple contacto. Está basado en una antigua forma de lucha de mi

planeta, perfeccionada mediante impulsos mentales. No es preciso golpear fuerte. Basta dirigir la voluntad de matar, y ésta se propaga desde la punta de mis dedos al golpear. Una ciencia peligrosa si se utiliza indebidamente. No me gusta utilizarla, pero a veces no hay otro remedio. Entre la vida de este hombre mecanizado y la tuya, es obvio que no había elección posible.

—Gracias, amigo —musitó Yzard roncamente, abrazando a su camarada—. Te debo la vida...

—Y yo a ti. Estamos en paz. Ahora, vámonos de aquí. Cuando encuentren este cadáver, se preguntarán qué sucedió...

—Starr, ¿llegaste a oír lo que él dijo?

—Sí. Tu tío resultó ser un traidor. Lo malo es que ahora sabrán ellos lo que se prepara, estarán esperándonos...

—El golpe ha fracasado definitivamente. No puedo enviar a mi gente a morir estúpidamente. Seria una masacre inútil, un río de sangre estéril... Estamos perdidos, Starr. Mi tío es un traidor y me conoce muy bien. Sabe nombres de colaboradores, de amigos y aliados... Los hará detener y ejecutar a todos. Con él en el poder, como enemigo, el movimiento rebelde no tiene porvenir alguno. Y lo malo es que aquí terminan todas nuestras esperanzas de ser un pueblo libre...Starr estaba reflexionando, con rostro ensombrecido. De pronto miró a su amigo con unos ojos extraños, de frío y decidido mirar.

—Escucha, Yzard —murmuró con voz ronca—. ¿Crees que todo está perdido?

—Absolutamente. Era la última esperanza. Esta noche, o nunca. Ordenaré que se detenga todo. No soportaría ver morir a miles de seres nobles y honestos, cuyo único delito es querer ser libres y vivir dignamente...

—Entonces espera. No ordenes eso. Da otra orden.

—¿Qué clase de orden? —se extrañó Yzard.

—Ordénales imperativamente que salgan de esta ciudad. Por encima de todo, que *abandonen* la ciudad antes de la noche, ¿está claro? Todos los leales deben marcharse de aquí *en seguida*.

—¿Por qué? ¿Qué me ocultas, Starr? He notado varias veces que vacilas, que temes decirme algo...

—Por desgracia, no me dejas otra alternativa. Bien sabe Dios que

yo no hubiese querido. Pero alguien me dijo un día: «Sólo cuando veas en peligro no sólo tu persona, sino algo lo bastante grande, digno y hermoso como para sacrificarlo todo por ello, toma la decisión que tanto te va a costar.»

—¿Quién te dijo eso?

—Alguien, allá en la Tierra, cuando me despidió para siempre, lanzándome al espacio como único superviviente de mi especie.

—¿Y a qué se refería?

—Eso… vas a saberlo pronto. Hoy mismo, en la Noche de Ramagh, sabrás la respuesta. Y no sé si va a gustarte. Pero las grandes cosas, exigen siempre un gran precio. Hasta las victorias en el campo de batalla han de pagarse con dolor, con sangre, con llanto, si es preciso.

—No te entiendo, Starr. Pero casi me das miedo.

—¿Miedo? —Starr sonrió—. Creo que tienes motivo para sentirlo. Yo soy quien más miedo siente ahora. Pero estoy recordando a esos buenos campesinos *polkis*, a hombres y mujeres asesinados por simple crueldad, a muchachas violadas miserablemente, a seres prostituidos en esta sucia ciudad de vicio y de pecado… Corre, Yzard. Queda poco tiempo. Ve a dar la orden a todos los tuyos. Que todos, sin excepción, abandonen la ciudad. Antes de oscurecer, recuerda.

—¿Y tú?

—Yo debo quedarme un cierto tiempo más aquí dentro —sonrió sombríamente Starr—. Es necesario.

—No. No quiero que te sacrifiques…

—Todo irá bien. Nos reuniremos fuera de la ciudad antes de que todo ocurra. No temas, Yzard. Ve, corre, da esa orden. Ninguna persona leal debe estar aquí cuando llegue la noche…

Yzard asintió, desapareciendo a la carrera. Starr, con lentitud, le siguió, con una sonrisa triste en su rostro cansado.

Sus ojos tenían un brillo raro, especial. Era como si el helado destello de la muerte asomara a ellos en esos momentos…

* * *

—Todos estamos fuera de la ciudad —suspiró Yzard, contemplando el resplandeciente panorama de la gran urbe, allá frente

a ellos, destellando en la noche—. Incluso el Patriarca Ghor y el Senador Krowaq han abandonado el palacio presidencial y están entre nosotros ahora… Pero ¿qué pretende hacer ese hombre?

A su lado, agrupados en la negra noche, en el llano que circundaba la macrociudad del vicio, cientos, miles de silenciosos rebeldes esperaban, sin entender. Junto a Yzard, Gorgan, Zara y Livia aguardaban, expectantes.

Aguardaban el regreso de Starr, el terrestre. Y con él, esperaban a saber qué era lo que iba a suceder, cuál era el extraño y misterioso poder que su amigo del planeta Tierra iba a poner en movimiento y del que ellos debían mantenerse al margen.

Era ya oscuro completo en el cielo, y comenzaban a titilar las estrellas y las brumas luminosas de los núcleos celestes. Entonces, ante ellos, caminando seguro, decidido, con rostro ensombrecido y mirada triste, apareció Starr. Miró a todos ellos, uno por uno. Respiró hondo. Fue hasta Zara, la antigua meretriz, y la tomó una mano. Ella sonrió. El le devolvió la sonrisa.

—Perdona si te ofendí una vez, Zara —susurró—. Ahora posiblemente seas tú quien se pueda avergonzar, y con razón, de tener un amigo como yo…

—Starr, de ti nunca podría avergonzarme —sonrió ella dulcemente —. Seas como seas, estaré siempre a tu lado, confía en mí.

—Acabemos, Starr… ¿qué va a suceder ahora? —preguntó Yzard, con tono nervioso—. No tiene sentido que nos hayas sacado a todos de la ciudad…

—Lo tiene. Y mucho —dijo gravemente Starr—. Mira, Yzard. Cuando estuve solo en esa ciudad maldita, hice esto, simplemente.

Se agachó y desprendió sus tacones del calzado. Los mostró. Ambos tenían una oquedad de forma esférica. No había nada en ellas.

—¿Qué había ahí? —quiso saber Yzard.

—Una esfera negra de cierto metal en un tacón. Una esfera dorada en otro. Nunca pueden juntarse entre sí. Pues bien: esta noche las he juntado. Se adhieren automáticamente la una a la otra, como si fuesen dos imanes.

—¿Y…?

—Así las he dejado en el centro de la ciudad. Ya nada ni nadie

puede desprenderlas y evitar lo inevitable.

—¿Qué va a suceder, entonces? —musitó Zara.

—Esas esferas poseen dos fuerzas antagónicas. Unidas entre sí, provocan una fisión termonuclear de enorme potencia. Cada esfera lleva una pila atómica de hidrógeno superconcentrado, en su interior. El hidrógeno se activa por contacto con las materias de fisión que se complementan en ambas esferas junto a cada pila. Establecido el contacto de ambos recipientes, la fisión se inicia sin remedio. Un bombardeo terrorífico de neutrones se inicia en su interior. Y termina por reventar y aniquilar la envoltura metálica.

—¿Y después?

—Después, Yzard, amigo mío, llega el caos, la hecatombe... el horror —sentenció con amargura Starr. Consultó su cronómetro espacial. Movió la cabeza y señaló a la gran ciudad del vicio, capital de Ecstasix y de la Federación Galáctica Deliria.

—Mirad ahora... y perdonadme, si podéis, por haber desencadenado este...

Las miradas de todos se fijaron en la resplandeciente masa luminosa de la macrociudad. Esperaron unos instantes, sin comprender del todo...

Luego, inesperada, brutalmente, la noche se desgarró, rompiéndose en mil pedazos de luz cegadora. Un resplandor demencial lo invadió todo...

Y la ciudad entera, todo el inmenso núcleo urbano de Alucinópolis, se transformó, ante los ojos desorbitados de aquellas gentes aterradas, en una auténtica bola de fuego devastadora, en un bramido ensordecedor que hacía temblar el suelo planetario con una convulsión terrorífica...Un inmenso hongo se elevó sobre la ciudad. Las gentes de Ecstasix volvieron sus ojos, sus rostros, para no seguir contemplando aquel apocalipsis delirante. Edificios, cuerpos, calles, plazas, vehículos, se despedazaban, se disolvían como arena, desmoronándose en medio de temblores convulsos de la faz del planeta, y las luces parpadeantes de los luminosos comerciales no eran ya sino llamaradas y destellos de chispazos candentes, mientras una ola de calor inimaginable, derretía cuerpos y edificios, desmoronaba la colina del Palacio del Gobierno, deshaciendo éste como si estuviese construido de azúcar, y desparramando, entre sus ruinas humeantes y abrasadoras, la materia física de los cuerpos humanos, bombardeados por el horror nuclear desatado.

—Dios mío... —jadeó Yzard, trémulo—. No es posible... Esa fuerza... Son millones de seres aniquilados en un momento.

—Así es. Sólo dos esferas pequeñas, pueden provocar eso. Fue el último gran invento de los científicos de nuestro mundo. Sólo que sus esferas fueron mayores, y la fisión nuclear nunca se detuvo... Arrasó el planeta, lo destruyó todo... La única muestra del invento me fue confiada por mi salvador. Sólo debía desencadenar ese horror destructivo si algo valía la pena, si había una cosa lo bastante digna de tal desastre... ¿Comprendes ahora mis dudas, mis temores, mi horror por lo que yo mismo he desatado?

—Starr, tú con esa sola arma... has logrado lo que nadie conseguiría jamás en Ecstasix —susurró Yzard, lívido, desencajado—. Cierto que has aniquilado a millones de seres. Y has destruido la más grandiosa ciudad imaginable. Pero has aplastado la tiranía, has hecho borrón y cuenta nueva de nuestro mundo... Ahora podemos intentar un comienzo mejor para un mañana más justo. Todo cuesta sangre, todo tiene un precio, como tú dijiste. Tal vez muchos inocentes hayan perecido. Pero tenían que morir muchos, de todos modos, en una larga y dura guerra que quizás hubieran ganado ellos, los tiranos... y todo hubiera sido inútil. Ahora, no. Ahora la gente sabrá cómo se hundió un imperio de injusticias, crímenes y codicia sin fin. Has acabado con el pecado que nos manchaba a todos. Tal vez no ha sido sólo tu mano, sino la de ese Dios justiciero que todos adoramos en el Universo, la que puso las cosas en orden, partiendo del desorden y el caos... Roguemos porque este holocausto de hoy, sea el fin de una era miserable, y el inicio de otra mejor, en la que todos luchemos por olvidar y por impedir que algo así vuelva a suceder nunca más...

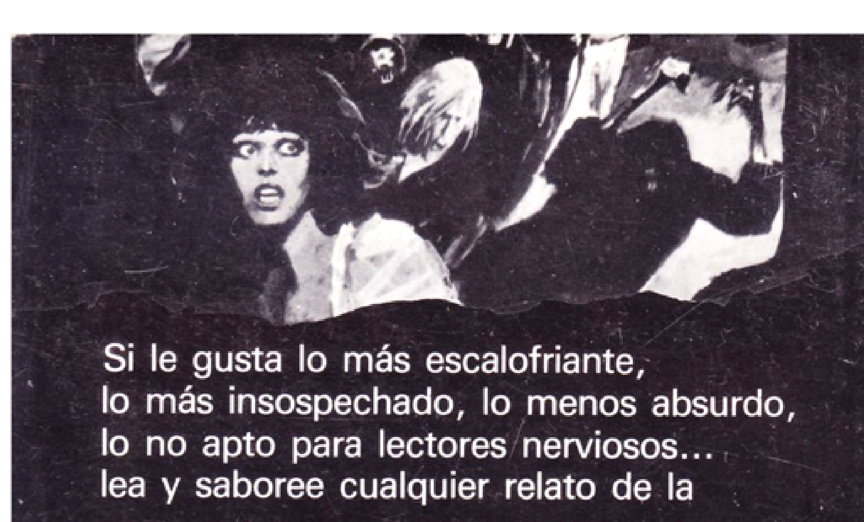
Y lentamente, uno a uno, fueron cayendo de rodillas aquellos miles de seres del remoto planeta Ecstasix, como en una plegaria gigantesca, emotiva y conmovedora, dirigiendo sus ojos hacia el cielo, patéticamente, mientras la negra y siniestra nube de la muerte termonuclear flotaba como un enorme pajarraco de horror sobre las ruinas sin vida, sobre la ahora oscura urbe donde la luz, el palpito humano, el raudal de vicio y de corrupción, se habían sumergido en las sombras de un caos sin precedentes en aquel planeta.

Starr mismo, tomando siempre de la mano a Zara, lo mismo que Yzard hacía ahora con Livia, se dejó caer de rodillas junto a los demás, y elevó al cielo de aquel lejano confín cósmico, su propia plegaria en demanda de perdón por el mal cometido, y su deseo de que una nueva esperanza brotara de donde todo ahora era muerte y silencio, antes de que el mal pudiera ser tan irremediable como lo había sido una vez en

el desaparecido planeta Tierra…

Después de todo, a partir de ahora, éste era ya su propio planeta. Su propio mundo y su vida.

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección



que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Precio en España 50 ptas.

Impreso en España